





R

© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Depósito Legal: M. 22.950-1969.

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

MORTIMER CODY

Aristocracia de guante negro

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Últimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 879.—Huellas en el infierno.

Colección OESTE:

Núm. 279.—Dos tumbas lejanas.

» 302.—Viento de tormenta.

» 341.—Dedos de ángel.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 262.—Un par de cachorros.

» 265.—Desató el infierno.

Colección MARSHAL:

Núm. 124.—Noche trágica.

» 127.—Adiós a un pistolero.

» 133.—Herederos de la muerte

Colección WINCHESTER:

Núm. 5.—Sendas cruzadas.

» 14.—Una horca espera.

Colección COLT 45:

Núm. 21.—El regreso al redil.

» 25.—Ha muerto un desconocido.

Colección F.B.I.:

Núm. 883.—Quieren asesinarme.

» 886.—Muerte bajo cero.

» 889.—Lección de espionaje.

Colección AGENTE FEDERAL:

Núm. 59.—Plan 2.500 en marcha

» 65.—El monstruo.

» 72.—La muerte de cara.

I

TRAS mirarse al espejo, Nat Lynwood se sintió satisfecho. La caracterización no era excesiva, pero servía. Por lo pronto, su traje blanco y la camisa azul claro estaban en la maleta, así como otras prendas y, utensilios En aquellos momentos, vestía un simple jersey marinero, lo suficientemente justo como para que sus músculos del tórax resaltaran. Un pantalón de dril claro y una gorra, ladeada.

Tomó un paquete de tabaco y encendedor, que guardó en los bolsillos del pantalón, tras haber encendido un cigarrillo. Luego, echó un vistazo en torno, y salió del cuarto alquilado en la «Residencia Ponce de León», en San Juan de Puerto Rico. Un nombre muy pomposo, que correspondía a una posada de tercera, abarrotada de gente marinera, con cierta promiscuidad en el ambiente.

Bajó al vestíbulo, sin mirar a nadie, y para salir a la calle tuvo que separar las cortinillas de bambú.

Ya en la calle Comercio, el pegajoso sol tropical le arrancó los primeros brotes de sudor.

Estuve unos instantes detenido, vacilando, mirando la valla de piedra, a modo de baranda, que separa la calle Comercio de los muelles, donde se puede tomar un «*ferry*» que conduzca al sur de la bahía.

O saltar la valla, o dar una vuelta bastante apreciable.

Optó por lo primero. Saltó la valla, quedando en calle Marginal, con la bahía frente a él y el bello panorama de aquellas aguas azules, profundas, bordeadas por modernas construcciones; incluso podía ver los rascacielos del centro moderno de San Juan.

No pareció muy interesado por nada de ello, y caminó hacia el muelle donde un «*ferry*» estaba completando el pasaje. Adquirió un

«*ticket*», se metió en el «*ferry*» y fue hacia proa, encendiendo otro cigarrillo.

Ni siquiera notó que el «*ferry*» se ponía en movimiento. Cuando se cansó de pensar, la embarcación estaba en mitad de la bahía.

Quince minutos más tarde, el «*ferry*» descargaba el pasaje en el centro portuario de San Juan, y Nat Lynwood caminó, distanciándose de la gente, la mayoría turistas, que se quedaban en el muelle, para escuchar plúmbeas historias, pasar calor y pringarse de humos.

Nat Lynwood se perdió por el trazado extraño de calles, justo en el punto medio entre la isleta, parte vieja de San Juan, y la parte comercial. Al llegar a la calle Seis, estuvo observando el pequeño edificio, de una sola planta, pintado de blanco, con mucho estilo español, o de la parte vieja.

Y ya sin más vacilaciones, fue hacia el número treinta y seis. Llamó tres veces, rápidamente, para finalizar con un doble golpe seco de nudillos.

Un instante más tarde se abría la puerta, y Nat Lynwood miró a aquel hombre; joven, correctamente vestido, quien, al mismo tiempo, miraba con clara curiosidad a Nat.

—¿Lynwood? —inquirió aquel hombre.

—Sí. Tú debes ser Murell.

—Ajá. Entra, vamos.

—¿Lo tienes todo listo?

—Desde primera hora de la mañana.

—Perfecto.

—¿Tomas algún jugo con hielo?

—Limón.

—Ve a aquel cuarto, y empieza. Te sirvo eso.

—Gracias, Murell.

Nat Lynwood se metió en el cuarto indicado por Murell. Una estancia pequeña, con la ventana abierta, pero la persiana echada; se estaba bien, en una penumbra agradable. Nat miró en torno, y sobre una silla vio todo lo que necesitaba.

Sin esperar más, empezó a desnudarse, hasta quedar con ropa interior tan sólo. Luego, fue hacia la silla, y tomó en primer lugar los pantalones color crema, de fibra, que le sentaban perfectamente. Se los puso, y se sentó para calzarse, en el instante en que regresaba

Murell, con un vaso largo, rezumante, con limonada y cubitos de hielo.

Murell puso el vaso sobre una pequeña mesita rodante, y la acercó a Nat. Luego, Murell dijo:

—Tenía ganas de conocer a uno de los de Washington, Lynwood.

—¿Sí? ¿Crees que tenemos algo especial?

—Bueno..., se dice. Y consta en los archivos, ¿no?

—Es posible. Pero... con los de Washington, como tú dices, ocurre sólo esto de especial: o se triunfa, o se deja la piel. Imagino que entre tú y yo no habría mucha diferencia en el momento de luchar por salvar el pellejo. Es cuestión de supervivencia, Murell.

—Eres modesto, ¿eh?

Nat sonrió, consiguiendo un extraño efecto, ya que su rostro, de ordinario, resultaba bastante inexpresivo.

—Dejemos eso, Murell —dijo—. Dijiste que lo tenías todo.

—Debajo de la camisa están todos los papeles; casi un libro, Lynwood.

—Ya... ¿Habéis averiguado algo nuevo?

—Nada. No es fácil. Dirás que tenemos como punto de partida un cadáver; el de mister Pierre Durand. Pero te diré también que como única sospechosa, o por lo menos lo es con muchísima ventaja sobre otras personas, tenemos a Lucille Cook, la amante de mister Durand; pero ella ha desaparecido, se ha esfumado. Se la busca. Tanto el F. B. I., de la Delegación de San Juan, como la Policía. Una búsqueda, hasta el momento, inútil.

—Entiendo.

—¿Piensas buscarla?

Nat miró a Murell a los ojos.

—Entre otras cosas —dijo—. Este zapato... Pienso que hay cosas más importantes que esa mujer. Tengo que comunicarte que el F. B. I.

la Central de Washington, me ha destacado por el asunto de los barcos. No sé hasta qué punto podemos relacionar la muerte de Durand a manos de su amante, con la piratería asombrosa que se está llevando a cabo en el Mar de los Sargazos.

—O sea: has venido por lo de los robos en alta mar.

—Es mi misión concreta, en efecto.

—No sé... ¿Creéis que la muerte de Durand haya obedecido, en

algún modo, a la extraña piratería que ha surgido entre Los Sargazos?

—Lo que puedo decirte, es que se sabe que Durand contaba con una flota de buques «tramp»; ya sabes, los que no realizan líneas regulares, fijas; buques que navegan hacia puertos donde pueden conseguir cargamentos. Según creo, tiene ocho buques «tramp». Es una flota importante. Y cuando se tiene una flota «tramp» importante, eso quiere decir que el propietario entiende de buques, de puertos y de mercancías. Durand, por tanto, puede considerarse como un experto del mar..., que ha sido asesinado.

—Nunca han atacado a un buque de Durand.

—Es lógico.

—¿Lógico? —rezongó Murell.

—En efecto. Ten en cuenta que esos buques pueden salir de vacío del puerto de San Juan. Su rumbo puede ser a cualquier sitio donde les aguarda carga, para transportar a otro puerto distinto, que puede ser en las antípodas.

—Cierto, cierto... De todos modos, insisto: Durand ha sido asesinado por su amante. Y... me pregunto yo: ¿por qué una mujer mata a su amante cuando ese mismo la... provee generosamente?

Nat ya estaba en pie, calzado, puesta la camisa, anudándose la corbata. A través de un espejito miro a Murell, y respondió:

—Es, evidentemente, difícil hallar la solución a eso. Pero cuando alguien mata, lo hace por un motivo.

—Claro...

—Otra cosa, Murell: esta tarde, quiero hablar con el hombre del que me hablasteis... Rubio, José Rubio, ¿no?

—Sí. ¿Aquí mismo?

—Sí, sí... Me parece un buen lugar para mi tercera personalidad.

—De acuerdo. Lo tendré aquí a partir de las seis. ¿Te parece bien?

—Buena hora.

En el bolsillo de la chaqueta tienes la reserva para el «Caribe Hilton». Es obvio que te envidio. El «Caribe Hilton» es el mejor hotel de todas las Antillas, Grandes y Pequeñas.

—Esperemos que no se convierta en mi triste nicho de muerte.

—Demonios, Lynwood...

—¿Crees que estoy realizando un juego de efecto, sólo de

efecto?

—No, no... Existen esos piratas en los Sargazos, existen algunos muertos, robos de mercancías en alta mar, y... el cadáver de míster Durand, así como la desaparición de su amante.

—Eso es. ¿Qué hay de la esposa de Durand?

—No sé qué decirte sobre ella...

—Tengo idea de que es condesa.

—Sí, lo es. Legítima.

—¿Comprobado?

—Naturalmente. Tienes informes en la carpeta. La condesa St. Priest-Taurion. *Madame* Lucienne St. Priest. Aristócrata pura.

—¿Fortuna propia?

—Ni un centavo.

—Hum... Creo que envenenaron a Durand con cianuro.

—En efecto. ¿Por qué?

Nat se encogió de hombros.

—No importa —dijo, ya con una voz apreciablemente distinta, a causa de unas gomas colocadas en la boca, que le ensanchaban ligeramente las mejillas. Además, sus pupilas azules de contacto cambiaban notablemente su expresión, ocultando sus ojos castaños, como el cabello, sobre el que coloco unos apliques canosos.

Murell, bastante asombrado, contemplaba aquel nuevo rostro a través del espejo.

Nat se volvió hacia él una vez completada la caracterización.

—Críticas, Murell —pidió.

—Bueno...

—Vamos, vamos... ¿Algo está mal? Para mí es importante.

—Sinceramente, ninguna, Lynwood. Creo que en estos momentos eres un perfecto hombre de negocios, nada en común con Nat Lynwood, agente del

F. B. I.,

ni bon el marinero Ted Randall, que llegó hace media hora.

—De acuerdo. Y ésta es la carpeta, ¿eh?

—En efecto.

Nat la tomó sopesándola. Luego, fue hacia un portafolios que había sobre una repisa. La introdujo en él y dejó el portafolios sobre la silla. Las ropas de marino quedaron en un hueco, especie de diminuto «closet».

Nat encendió un cigarrillo y tomó el vaso de limón con hielo.

—Resumiendo, Murell, nada Sobre la amante de Durand, esa Lucille Cook.

—Nada.

—¿Sigue trabajando la flota?

—Sí; normalmente.

¿La condesa se ocupa de los negocios?

—No estoy seguro. Tiene administradores, empleados...

—¿A qué se dedica especialmente?

—A nada concreto. Cosas corrientes. De todos modos, desde la muerte de su esposo parece haberse cohibido un tanto.

—Me parece natural. Ahora, sólo falta averiguar si hay conexión entre la muerte de Durand y los piratas del Mar de los Sargazos. Hasta ahora, han sido tres los buques saqueados. Dos de ellos, con armas y otro con medicamentos, que una sociedad de damas de no sé qué, de Philadelphia, enviaba a Biafra... Pero de todo esto hablare con Rubio esta tarde. ¿De acuerdo?

—Sí claro. Pero, supongo que lo has pensado, lo difícil será llegar hasta los piratas, partiendo de lo que al parecer, es un crimen pasional.

—Ya se verá. Veamos...

Extrajo su reserva para el «Caribe Hilton».

—¿Qué más necesitas, Lynwood? —inquirió Murell.

—Tres cosas: una motocicleta, para el marinero Ted Randall; un coche para el hombre de negocios Ben Landis, mi personalidad de estos momentos y un duplicado de las llaves de esta casa, para Nat Lynwood, agente del F. B. I. Por cierto de alquilar el coche me ocupare yo mismo, desde el «Caribe Hotel». Otra cosa: quiero disponer de comunicación con vosotros.

—Es imprescindible, claro. Por el momento, las llaves de aquí.

Del llavero extrajo una llave que tendió a Nat.

—De acuerdo —dijo Nat. La moto dejadla cerca de la Residencia «Ponce de León»... con una cadena. Y por ahora, es todo aunque naturalmente, si vosotros o la policía encuentra alguna pista de Lucille Cook, tal hecho ha de ponerse de inmediato en mi conocimiento.

—Descuida, Lynwood.

—Hasta la tarde.

—Sí. Estaré aquí con Rubio.

—Perfecto, Murell.

—Suerte Linwood.

—La necesito a toneladas.

Y sonrió; una sonrisa vacua, estúpida, puesto que sus pupilas azules, falsas carecían de toda expresión.

Poco después, con el portafolio en la mano, convertido en un hombre elegante, de cierta madurez abandonaba aquella pequeña parte del edificio y se dirigía hacia la parte animada del centro comercial de San Joan desde donde tomó un taxi en dirección sur de la bahía, la zona residencial magnífica, moderna, totalmente americanizada, de San Juan; allá donde se encontraban las residencias de lujo. Los balnearios, los hoteles con toda clase de comodidades, Los jardines, los clubs, los yates...

«Suite» 260.

Con una leve sonrisa, Nat estuvo observándola, y pensó que, en cierto modo, Murell había tenido parte de razón al envidiarle. Era una «suite» espléndida, con vistas a la azul bahía, a los jardines del hotel, al césped, en cuyo centro estaba una de las piscinas, de aguas transparentes, de forma exótica, con sus trampolines, donde se exhibían las bellas en «bikini».

El hombre del

F. B. I.,

lo primero que hizo fue quitarse la chaqueta, aflojarse la corbata, y luego salió a la terraza, entre plantas tropicales enanas, con una zona de sombra, y se sentó en la extensible. Con un cigarrillo entre los labios y la carpeta que le había entregado Murell en las manos, fue leyendo los papeles, tranquilamente. Tenía tiempo hasta la hora del almuerzo, y luego, una visita que pensaba realizar, le dejaría libre a las seis, hora de encontrar a Rubio en la calle Seis.

Papeles, papeles, papeles...

En la vida de cada cual, siempre hay algo interesante, sin duda.

Fumó algunos cigarrillos, y se cansó la vista.

Eran las doce y cuarto cuando salió de la terraza, dirigiéndose rectamente hacia el teléfono. Descolgó.

—Diga, señor Landis.

—Con el ochocientos setenta-ciento doce, por favor.

—Al instante, señor.

Hubo una pausa silenciosa, y luego una voz:

—Residencia de los condes de St. Priest-Taurion.

El hombre del

F. B. I.,

esbozó una mueca irónica.

—Deseo hablar con la señora condesa —dijo.

—¿Tiene la amabilidad de anunciarse?

—Benjamín Landis.

—Bien... ¿La señora aguardaba su llamada?

—Me aguardaba el conde de St. Priest-Taurion. Por favor, acabo de llegar de Nueva York, y considero que sería una gran pérdida para mi encontrar trabas.

—Un momento, señor Landis.

Más silencio, y más largo.

Luego, una voz algo pastosa:

—«Alio!».

—Mis respetos, señora condesa. Soy Benjamín Landis, de «Líneas Marítimas Dolfuss». Tal vez no soy oportuno, pero las... tristes noticias me han sorprendido viajando. Sin embargo, creo que no seré excesivamente molesto. Me conformo con poder llevar una respuesta suya a mis superiores...

—Señor Landis..., creo que no entiendo. ¿Qué clase de respuesta, y sobre qué?

—¿Podemos vernos, señora condesa?

—Oh... Es que...

—Se lo ruego.

—Está bien...

—¿Puede ser a las cuatro?

—Venga a las cuatro. ¿Conoce mi residencia?

—Así es, señora.

—Entonces, le aguardo. Diga..., ¿es necesaria la presencia de algún administrador de la flota, o abogado...?

—No, no. Al menos, por ahora. Hablaremos de negocios, sí, pero sólo como tanteo.

—Me alegro... Le espero a las cuatro.

—Gracias, señora condesa.

Y colgaron.

El hombre del

F. B. I.,

quedó unos instantes pensativo, quieto, junto al teléfono. Por supuesto, aparte de lo que afirmaban ciertos documentos, aquella dama, Lucienne de St. Priest, era francesa auténtica; su acento delataba sus prolongadas estancias en París..., o quizá, había vivido más en París que en St. Priest-Taurion.

De acuerdo. De momento, lo más falso allí era él, lo cual puede ser una ventaja Pero falso o auténtico, el estómago tiene el defecto de la motilidad gástrica, o, dicho de otro modo, el defecto de detectar el hambre, y sonaba la hora del almuerzo.

Dejó todo en orden en la «*suite*», sin tomarse excesivas molestias para detectar un posible registro. Tan sólo precintó con un diminuto hilo de nylon parte del portafolios. Luego, a almorzar, a la pérgola, entre mujeres hermosas, brise cálida, con estupendas vistas.

II

ERA una quinta soberbia, en la Avenida de Los Ángeles. El jardín, muy extenso, presentaba toda una gama de flora tropical, perfectamente cuidada, con zonas de setos ornamentales. Había piscina, pista de tenis y una quinta especialmente llamativa, con tres torretas. Escalinatas de mármol, o quizá de imitación; un ambiente quieto y callado. Nadie en el jardín, nadie en la piscina...

Lo único escandaloso era el pastor alemán, que se había desgañitado hasta que llegó un criado mulato, canoso ya, que lo alejó de allí, y acompañó a Nat hacia el interior del edificio, suntuosamente amueblado. Por lo visto, las flotas «tramp» rinden sus buenos beneficios; sus buques no están sujetos a puertos fijos, y un hombre de la experiencia de míster Durand había sabido, por lo visto, mandar a sus buques allá donde existía mercancía transportable.

Tras el vestíbulo impresionante el despacho, alegre, con mucha luz, un tanto recargado, pero con sensación de confort.

Y en el despacho, la condesa de St. Priest-Taurion.

—Míster Landis —dijo el criado mulato.

La condesa, que había estado mirando por el ventanal, se acercó un poco a Nat, mirándole con sus ojos grises, bastante fríos.

—Siéntese, señor Landis.

—Gracias, señora condesa. Lamento lo de su esposo.

Lucienne de St. Priest esperó a que el criado cerrase la puerta, y dijo:

—Yo, no, señor Landis.

Nat expresó una discreta sorpresa.

—Bien...

—Mis motivos son fáciles de imaginar: le asesinó su amante.

Debo considerar, por tanto, que fui una dama humillada mientras vivió mi esposo. Aunque..., ¿cree que debo ser menos sincera?

Nat la observó, con cierta discreción. Lucienne era una mujer de casi cincuenta años. Ciertamente se conservaba sorprendentemente esbelta, sin exceso de arrugas, pero su edad saltaba a la vista. Un rostro blanco, una boca delgada, los ojos fríos, el cabello rubio-gris, y alta, delgada, aunque su vestido, más bien discreto, de un azul pálido, recto, delataba un busto bien formado, y reminiscencias de pasadas glorias juveniles.

Llevaba tan sólo un llamativo collar de oro y diamantes en torno al cuello; era todo.

Se había sentado frente a Nat.

—¿No responde? —Insistió.

—No sé... Si esa franqueza suya es habitual, señora condesa, no tiene por qué cambiar ahora. Considero, además, que tiene motivos para sentirse ofendida.

—Gracias por darme la razón. Pierre era un mulato asqueroso, salido de una choza de la isleta; fue limpiabotas, vendedor de periódicos, ratero de muelles, contrabandista de marihuana... Luego, propietario de una barca de pesca, de dos... Luego, un buque «tramp». Y, con suerte, ha llegado hasta completar una flota considerada importante, ya que al buque «tramp», para que rinda, hay que manejarlo bien, con conocimientos profundos de puertos y mercados, con buenas relaciones... Ése ha sido mi esposo. Oh, bueno... Se llamaba Pedro Durand; se cambió el nombre, afrancesándolo: Pierre. Y... gustaba de oírse llamar señor conde de St. Priest-Taurion. Es decir: exigía que se le llamara así.

—Bien...

—¿Le desconcierto?

—No, no...

—No mienta. Se está preguntando por qué me casé con él.

—Mire, yo...

—Es simple. Es una historia de lo más vulgar, señor Landis. Mi título de condesa, por sí solo, no me bastaba para vivir. Yo tenía el título, y Pierre el dinero. A él le interesaba el título, y a mí el dinero. Cada uno de nosotros consiguió lo que se proponía.

—Sé que existen mentalidades de esa clase —dijo Nat.

—¿Se refiere a mí?

—Más bien a su esposo. Personas que se ven dominadas por la megalomanía. Su esposo ya tenía dinero, un buen negocio en marcha, pero le faltaba, seguramente, su apuntalamiento para formar parte de la verdadera sociedad; ese apuntalamiento, esa base, se la proporcionaba usted, con el título de conde. Bien..., no es reprochable. Además, usted conseguía también su objetivo.

—Hasta ahí, yo siempre he considerado que había sido un cambio ventajoso para ambos. No obstante..., yo no esperaba lo de la amante, pese a que Pierre era doce años más joven que yo. Por otra parte, mirándolo fríamente..., hasta un poco cínicamente si quiere, le diré que es lógico que me fuese infiel. Yo no podía darle lo mismo que cualquier muchacha de menos de veinticinco años. Es claro que..., aunque fría o cínicamente lo admita, no puedo dejar de sentirme humillada.

—Comprendo, señora condesa...

—Para seguir siendo sincera, le diré que su muerte no me ha causado el menor perjuicio. Por el contrario, me veo libre del mulato con ridículos aires de conde, y tengo su dinero. Ahora, soy una condesa con fortuna. Por experiencia, sé que los líos con amantes suelen terminar del peor modo.

Nat, un tanto desorientado por aquella extraña personalidad de Lucienne de St. Priest, dijo:

—En realidad, no había venido a hablar de eso, señora condesa.

—Ya sé... Pero usted dijo que sentía lo de mi esposo, y yo dije que no; era necesaria una explicación. Y puede preguntar al personal de servicio en la quinta. Sé que a todos molestaba infinitamente tener que llamar señor conde al brutal mulato Pedro Durand, que comía la carne con los dedos, se ensuciaba los labios de grasa y se limpiaba con el mantel. En fin..., debo agregar una cosa en su descargo: era generoso.

—Suele ocurrir...

—Ahora, señor Landis, puede hablar usted.

Nat esbozó una leve sonrisa.

—¿Conoció a la amante de su esposo? —inquirió, de pronto.

—Me sorprende la pregunta.

—Perdón... Era... simple curiosidad. No creo que fuese una mujer tan notable como usted.

—La personalidad, por sí sola, a los cincuenta años, de poco

sirve. Bien..., no la conocí. Sospeché algo últimamente, porque Pierre aseguraba necesaria su presencia en algún buque que salía del puerto, en busca de carga. Una vez, supe que no viajó en el buque que había dicho... Callé, simplemente. Supongo que el noventa por ciento de sus viajes, en los dos años que llevábamos de matrimonio, han sido falsos. Se quedaba en San Juan, o iba a otro cualquier sitio, en busca de su amante. Una tal Lucille Cook..., me enteré por los periódicos... —dijo, con una sonrisa un tanto mortificada.

—Ahora, señora condesa, permítame exponer los motivos de mi visita.

—Por supuesto, por supuesto... ¿Toma algo, señor Landis? ¿Un buen «*brandy*»?

—No voy a negarme —sonrió Nat.

Ella apretó un timbre. Apareció el mulato canoso, y pidió dos copas de coñac francés. Un buen servicio, y rápido. Cada uno con su copita en la mano, bebieron; un sorbito. Se miraron a los ojos.

—Creo haberle dicho —empezó Nat— que la

«Dolfuss's»,

mi compañía, había entrado en tratos, verbales tan sólo, sobre una fusión con los negocios de su esposo. Éste afirmó querer transformar su flota «tramp» en otra de líneas regulares, en sociedad con la «Dolfuss's».

Tengo entendido que alegó que esa fusión, y la transformación de su flota en un servicio regular acrecentaría su prestigio como naviero...

—No me extraña. Le creo, señor Landis. Todo lo que fuese por cuestión de prestigio, por puro «esnobismo», constituía una meta para Pierre. Es más..., tengo otra razón para creerle; Pierre me dijo en alguna ocasión que, probablemente, pasaríamos grandes temporadas en París, como condes de St. Priest-Taurion, y no precisamente en la ruina, sino con todo el dinero y el prestigio de ser copropietarios de una flota mercante de significada importancia.

—Su esposo estaba en lo cierto; no se le puede discutir su visión para los negocios, señora condesa. A él le interesaba nuestro prestigio y a nosotros su magnífico conocimiento de puertos, a escala mundial.

—Eso es cierto. El repugnante mulato entendía de eso.

Nat se puso un poco nervioso.

La dama era áspera. Hablaba con seguridad, sin miedo a nada; ni siquiera a una torcida interpretación de sus... franquezas.

—Señora condesa..., ¿no teme que la acusen de crimen..., hablando así...?

—En absoluto, señor Landis —dijo, con énfasis, con su voz grave, irguiendo el busto, que fue bello, y aún resaltaba lo suficiente—. Aparte de que le encontraron muerto en un «*bungalow*» de su amante, y ésta ha desaparecido, tras el asesinato, no temo a los estúpidos policías. Soy demasiado digna.

—Entonces, vayamos al motivo principal de mi visita. He recibido un cable en pleno vuelo, hallándome en visita por Venezuela, en Maracaibo concretamente, ordenándome cambiar impresiones con usted, y, naturalmente, conocer sus intenciones sobre la fusión de las dos flotas.

—Sí, claro... He entendido que ésa era su misión.

—¿Y bien?

—Señor Landis... Ahora, soy una aristócrata con dinero. Me repugnan los negocios, sin que ello quiera decir que pienso desentenderme de todo, puesto que sería tanto como cimentar de nuevo mi ruina. No se puede dejar una fortuna en manos ajenas, sin una estrecha vigilancia. De momento, no he pensado nada en serio. Pero... necesitareé gente de confianza; buenos expertos, de probada honradez. Eso es lo primero que quiero hacer por la flota..., por mi fortuna. Luego... estudiaría toda clase de ofertas... por medio de mis hombres de confianza, es claro. Necesito hombres tan competentes, que yo pueda seguir a ojos cerrados sus consejas. ¿Me comprende, señor Landis?

Nat asintió con la cabeza.

—En efecto, señora condesa. Y... sus palabras no encierran una negativa.

—Por supuesto que no. Tan sólo quiero un poco de tiempo. Estoy buscando a esos hombres cuyas cualidades he mencionado. Creo que deben existir en alguna parte.

—¿Por qué no? Pero... ¿cree que el plazo será muy largo?

Lucienne se encogió de hombros.

—No tengo idea en estos momentos —dijo—. Yo busco lo mejor. Y supongo que será difícil hallarlo..., o puedo encontrarlo mañana.

De todos modos, mi propósito más cercano es salir con mi yate, en un corto crucero por las Grandes y Pequeñas Antillas, para descansar de los agobios de estos últimos días. Me siento bastante cansada.

—Entonces..., mi respuesta a la «Dolfuss's»

no es en absoluto concreta.

—Lo lamento... Primero quiero organizarme un poco, para que los demás piensen por mí.

—La «Dolfuss's»

podría hacerlo. Y su esposo lo encontraba ventajoso.

—Señor Landis..., yo no soy una ansiosa de títulos ni de prestigio. Y mis ambiciones, por ahora, están colmadas con la fortuna que me ha legado Pierre. En cuanto a la

«Dolfuss's», se trata de una simple espera.

—Bien, una demora que no conduce a nada. No obstante, comprendo sus motivos.

—De lo que me congratulo, señor Landis.

—¿Ha oído hablar de esos actos de piratería del Mar de los Sargazos?

—Sí, claro. Es una noticia que ha hecho correr bastante tinta. Esos estúpidos periodistas han tenido en qué ocuparse. Diga, ¿por qué la pregunta, señor Landis?

—Porque pienso que puesto que los buques «tramp» no corren peligro, usted demora la respuesta, que, en definitiva, sería negativa.

—Oh... Si yo creo conveniente asociarme a ustedes, no temeré a los piratas del Mar de los Sargazos.

—Me tranquiliza esa respuesta, señora condesa.

—En realidad, la fusión de mi flota y la que usted representa, depende sólo del informe de los técnicos que yo contrate.

—De acuerdo... Puedo enviar una respuesta esperanzadora, entonces.

—Mejor que no se precipite, pero... puede llevarse a cabo esa fusión. Deme tiempo.

Nat terminó el «*brandy*» y se puso en pie.

—Ha sido un placer conocerla, señora condesa...

—Lo dudo. Soy desagradable. A nadie le gusta oír verdades como el Atlántico que, además, no le importan. Pero agradezco su cortesía. ¿Se aloja en el «Caribe Hilton»?

—Sí...

—Yo parto esta misma noche con mi yate. Puedo estar ausente de San Juan varios días. No obstante, si de aquí a la noche hubiese alguna novedad, le llamaré, señor Landis.

—¿Y si no?

—Bueno..., entonces le resultará más económico regresar a Nueva York, y aguardar allí mi respuesta.

Nat meneó la cabeza.

—Está bien. Esperaré allí, señora condesa.

Un minuto más tarde, el criado mulato ya estaba acompañando a Nat hacia la verja de la quinta. Nat se dirigió hacia el «Pontiac» oscuro alquilado, se metió en él y se dispuso a bordear la bahía, hasta el puente que le conduciría a la parte comercial, a la calle Seis donde tenía su siguiente cita.

Llegó poco antes de las seis. Abrió con el llavín que le había proporcionado Murell, y creyó que tendría que esperar, lo cual, le serviría para ir pensando algo realmente práctico.

No obstante, Murell, con Rubio, un cuarterón joven y fuerte, le estaban esperando ya en una jalifa.

Nat arqueó una ceja al verles.

—Estupenda puntualidad —dijo.

—¿Cómo ha ido? —inquirió Murell.

—He conocido a una mujer desconcertante; con una fuerte personalidad y... muy poco piadosa para los que están por debajo de ella, por lo menos en cuanto a linaje. Y..., bien, por lo demás, nada positivo.

—Lógico.

—¿Por qué? —Gruñó Nat, mirando vivamente a Murell.

—Porque es muy dudoso que lo de Durand y su amante tenga algo que ver con lo de la piratería —dijo Murell—. Nos aferramos a la muerte del propietario de una flota, para intentar llegar al fondo de algo que, insisto, me parece absolutamente opuesto.

—Ya se verá. El Mar de los Sargazos, querido Murell, ya lo sabes, está situado al sureste de Estados Unidos, abarca el norte de

Pequeñas y Grandes Antillas, y su extensión es tan enorme que casi toca las Azores. Un mar lleno de algas asquerosas, con sus vejigas de aire, donde anidan, aparte de las especies sabrosas de peces, otra clase de pescado muy interesante. Pues bien: San Juan es un sitio ideal para dominar la parte del Mar de los Sargazos donde tienen lugar esos actos de piratería, de la que el amigo Rubio va a hablarnos.

—Está bien... Ojalá tuvieras razón —dijo Murell.

—No se trata de eso, sino de llegar a algún punto que permita decidir si la muerte de Durand es competencia del

F. B. I.

o no. Si hemos de abandonar el caso Durand, tendremos que empezar por... algo tan oscuro, pringoso y repugnante como los sargazos.

Nat se había quitado la chaqueta, se desabotonó el cuello de la camisa y se puso cómodo, ante hasta el momento silencioso rubio.

Le miró.

—Usted ha sido testigo de uno de esos robos, ¿no? —dijo.

—Sí... Yo salí de Nueva York, como tripulante del buque que cargaba medicamentos con destino a Biafra.

—¿Único superviviente?

—No, no... No matan.

—Está bien. ¿Cómo actúan, exactamente?

III

EL mulato se removió en el asiento. Sus pupilas se dilataron un poco, quizá ante el recuerdo de su aventura.

—El buque —empezó— estaba al noroeste del Mar de los Sargazos, con todo favorable para una navegación tranquila; a escasa velocidad: dieciocho nudos a la hora, con ligera niebla tan sólo. Ibamos a entrar de lleno, ya que nuestro destino era Dakar. De Dakar hasta Biafra, los medicamentos viajarían por tierra, en camiones...

—Eso es lógico. Siga con los detalles.

—Penetramos en el Mar de los Sargazos, y... a mí siempre me ha inquietado un poco esa... espesura en el agua; esas algas me producen un poco de miedo y cierta repugnancia. Estábamos metiéndonos, cuando vimos una boya, con reflejos intermitentes, muy rápidos, lo cual, tal vez lo sepan, es señal de peligro.

—Sí, sí... Sé eso —dijo Nat.

—Hubo desconcierto en el buque, porque nada hacía presagiar peligro. El Mar de los Sargazos es calmado, con aguas cálidas, y, además, no veíamos a ningún otro buque, pese a que, como he dicho, la niebla no era en absoluto espesa. De todos modos, nuestro capitán actuó reglamentariamente, acatando la señal de peligro. Nos desviamos ligeramente, perdiendo velocidad. Nuestro telegrafista trató de encontrar comunicación.

—¿Y qué?

—Primero, no hallábamos respuesta alguna, de barco cercano. Tratamos de comunicar con la base, y ocurrió entonces. La respuesta no llegó desde la base, sino desde..., en fin..., lo recuerdo con auténtico miedo, señores...

—¿Apareció el barco pirata?

—No es un barco...

—¿Submarino?

—No lo sé... Aunque, claro, puede llamársele submarino, ya que navega bajo la superficie.

—Bien Estábamos en las señales del telegrafista.

—Sí... Fueron recogidas por esa especie de submarino, que, la verdad, no llegué a ver en su totalidad. En nuestro buque se recibió el mensaje del tal submarino: «Arrien botes y háganse a la mar, abandonando el buque».

Nat frunció el ceño.

—¿Con qué apoyaban la orden? —inquirió.

—Ahí está... El capitán hizo caso omiso, naturalmente, y quiso desviar el rumbo, mientras el telegrafista insistía, llamando a base. Pues bien: nuestra comunicación era recogida por el... submarino. La segunda advertencia llegó, sin más amenazas; una simple repetición de la primera orden.

Seguimos navegando, y entonces se nos avisó de que mirásemos a babor.

—Siga.

—Era asombroso... Vimos emerger lentamente una especie de plataforma metálica; se veía bien, ya digo que la niebla no era espesa, y dicha plataforma estaba muy cerca. Era circular, y le calculo como seis yardas de diámetro. Por sí sola, ya infundía cierto respeto, y..., la verdad, hubo quien empezó a pensar en extraterrestres, en naves del espacio, con autonomía en aguas profundas. No obstante, el miedo aumentó cuando de aquella plataforma, que parecía lisa, empezaron a surgir, perfectamente sincronizados, hasta siete grandes cañones, que apuntaban a nuestro buque. Siete cañones agrupados, en un diámetro de cuatro yardas aproximadamente. Siete cañones de grueso calibre, de material brillante, como la plataforma.

Murell y Nat Lynwood cambiaron una mirada. Por el rostro del mulato resbalaban unas gotas de sudor. Seguían dilatadas sus pupilas.

—Naturalmente, les amenazaron con hacer fuego —dijo Nat.

—Exacto. O la orden era obedecida de inmediato, o los cañones entrarían en acción.

Nat meditó unos instantes.

Una plataforma metálica, de la que surgen siete cañones, agrupados...

—¿Vieron algo más? —inquirió.

—No... Nada más. Aquello refulgía en la noche y causaba pánico pensar lo que sería de nosotros y nuestro buque, si los siete cañones entraban en acción... El capitán del buque no tuvo otra alternativa que obedecer. Se arriaron los botes, y la tripulación, treinta y cuatro hombres en total, abandonó el buque.

—¿Y luego?

Rubio se encogió de hombros.

—Lo ignoro —musitó—. Fuimos remando, alejándonos, repartidos entre los botes. Nos dispersamos... En fin, yo llegué a la costa de una de las Pequeñas Antillas, con un compañero, que está hospitalizado. Por mi parte, pude llegar hasta San Juan, donde espero ser recogido por algún buque de la línea a la que presto servicios. Y... de los restantes tripulantes no tengo idea. Supongo que se encontrarán en islotes, o en islas, esperando regresar..., al menos los supervivientes, que deben ser bastantes, la mayoría, creo yo. Supongo que pronto irán llegando al

F. B. I.,

comunicados con respecto a hombres que han llegado a salvo a los más diversos lugares...

Nat miró a Murell.

—¿Algo sobre eso? —inquirió.

—De momento, sólo Rubio. Pero es claro que irá apareciendo más gente. Se calculan en unos ciento diez hombres los que han andado a la deriva, o andan aún, en botes de salvamento, puesto que la amenaza de esos siete cañones la han sufrido, hasta el momento, tres buques mercantes. Todos ellos, lo habrás leído, con un tonelaje relativamente bajo: diez mil toneladas de desplazamiento. Buques no muy grandes. Dentro de los sucesivos días, como dice Rubio, esperamos, y deseamos, claro, que vayan llegando noticias de esos tripulantes abandonados en el Mar de los Sargazos.

—Claro... Entonces, no matan. Se apoderan de los buques, simplemente..., y de la mercancía. Y hasta ahora no se han visto obligados a disparar.

—Es muy arriesgado desobedecer... —musitó Rubio.

—Se comprende —gruñó Nat.

Murell intervino:

—¿Crees que obtendríamos algo rodeando el Mar de los Sargazos, y...?

—Por favor, Murell... Se necesitaría la Armada de Estados Unidos.

—Sin embargo, ese submarino, o lo que sea, con sus extraños siete cañones, tiene su base en el Mar de los Sargazos.

—Eso es lo malo, Murell... Entre algas flotantes y otras más profundas; entre la oscuridad de esas algas. Por otra parte, debe ser un aparato con gran autonomía y ligereza; aparte, una dureza de material de construcción indudable, para soportar profundidades, superficie, roces, corrientes... No creo que diera resultado buscar, simplemente, sin noción exacta de su emplazamiento.

—Aparecen en distintos puntos, es verdad —dijo Murell.

—Lo cual, al mismo tiempo, implica buena organización; enlaces en Estados Unidos, que indica buque, matrícula, carga, rumbo... Con lo que tenemos también que ese aparato puede estar en tierra, bien oculto, y hacerse a la mar, tranquilamente, al encuentro del buque, en el momento oportuno.

—¿Y bien? —inquirió Murell.

—Por el momento, no puedo hacer otra cosa que seguir con lo de la condesa —dijo Nat—. Y esperemos que vayan regresando más supervivientes, y tal vez podamos ampliar informes, aunque lo explicado por Rubio da una idea bastante apreciable de lo que ocurre en el Mar de los Sargazos. Gracias por todo, Rubio.

—Ojalá terminen pronto con eso, señor...

—Ojalá. Ahora, sea discreto, Rubio. No mencione su reunión con dos hombres del

F. B. I.,

en este domicilio. Vaya a su pensión, o dónde resida aquí, y, sin más, espere ser recogido.

—Descuide, señor.

—Ve con él, Murell Yo voy a empezar a hacer algo esta misma noche.

—¿Qué vas a hacer?

Nat sonrió.

—Ya tendréis noticias —dijo.

—Está bien...

—¿Me has provisto de todo lo que te pedí?

—Sí. ¿Algo más?

—No, por ahora.

Murell miró al mulato.

—Vamos, Rubio.

A solas en aquella casa, y antes de cambiarse, para quedar convertido en el marino de los fuertes músculos en el tórax. Nat fumó un par de cigarrillos, pensando. Evidentemente, los... piratas eran buenos estrategas, apoyados, claro, por un arma muy poderosa... Y que existía una importante organización, no admitía duda. Pero algo que no podía hacerse era echarse al mar y nadar por entre los sargazos, en busca de algo que podía estar allí, demostrando gran autonomía y poder, o que podía estar en tierra, aguardando víctima.

Por otra parte, no mataban, aunque siempre alguien caía, en un duro naufragio. Y de los buques, sólo se sabía que desaparecían. La lógica más estricta inclinaba a hacer creer que tras apoderarse de la mercancía hundían el buque, ya que ninguno de los tres había sido hallado hasta el momento.

Y si robaban la mercancía y hundían el barco, ¿dónde demonios trasladaban la carga?

Nat meneó la cabeza.

Empezó a cambiarse.

La motocicleta dejó de petardear, cuando su conductor frenó, en el hueco de un «*parking*», frente a un club de la zona residencial, en lo hondo de la bahía, en la prolongación moderna de San Juan. Se apeó, y con la cadena trabajó la moto. Luego, Nat Lynwood echó un vistazo a la magnífica iluminación, de perfecto colorido, que anunciaba clubs, restaurantes, salas de fiestas. Era una marea de azul, rojo, verde, ámbar... Y todo dejando el reflejo en las aguas de los distintos embarcaderos para yates y embarcaciones más pequeñas, deportivas, amarradas en ellos. Sobre el negro del mar, roto por el color fugaz, exótico, predominaba el blanco de los cascos y las velas de las embarcaciones. La brisa era caliente; la luna, rojiza y redonda. Nat, vestido con pantalón azul, polo negro y cazadora, que disimulaba el bulto de su automática, dejó aquel

«parking», buscando desde el primer momento las zonas más sombrías, dirigiéndose sobre seguro hacia uno de los muelles. Había bastado una llamada por radio a Murell para enterarse de todos los datos del yate de Lucienne St. Priest, así como de su emplazamiento. Y tras perderse entre las sombras, caminó cosa de cinco minutos, hasta que la esbelta figura del «Taurion» apareciese ante su vista. Un blanco casco, luces de situación, silencio..., y luz por un «ojo de buey» correspondiente a alguno de los camarotes. Sin más vacilaciones, Nat, habiendo examinado sus posibilidades en unos instantes, se dirigió hacia la popa, redonda y baja, hacia la cual no era descabellado un salto. Nat saltó, y sus manos quedaron perfectamente aferradas a la borda; se izó a pulso, y poco después pisaba la cubierta del yate. Estaba todo limpio, muy bien dispuestos los aparejos. Por lo visto, la condesa era lo único que faltaba para emprender el crucero por las Grandes y Pequeñas Antillas, para librarse de las tensiones de los últimos sucesos. Pero, casualmente, a Nat no le interesaba perder de vista a la condesa, y, por otra parte, necesitaba conocer sus reacciones. Si la condesa se iba, nadie representativo en cuanto al asesinato de Durand quedaba en San Juan, para recoger una posible pista. Caminó por cubierta, quedamente. Oía música abajo. Buena música: «Dark Eyes», por los «Two Guitars». Dejó atrás el portante de acceso a los camarotes y se dirigió hacia la cabina de proa, por donde unas escalerillas debían conducir a la sala de máquinas, a juzgar por la distribución del yate. Justo: al pie de la cabina de proa estaban las escalerillas que permitían el descenso. Nat escuchó, sin percibir el menor sonido proveniente de abajo. Allí no había música ni luz. ¿Qué entienden de eso las máquinas? Y Nat inició el descenso, hasta que sus pies tocaron suelo firme; suelo en el que había algunas manchas de grasa, que empezaron a cobrar brillo a medida que Nat se habituaba a aquélla, penumbra. Luego, la maquinaria del yate fue mostrando sus contornos. Nat esbozó una seca sonrisa. La verdad es que apenas necesitaba luz, pero quería estar seguro de que hacía el suficiente daño a la maquinaria. Por tanto, del bolsillo del pantalón extrajo un paquete de cigarrillos, cuyo centro redondo, en el que constaba la marca de tabaco, lanzó un chorro de luz, a una simple presión en la parte alta del paquete. Nat miró hacia lo alto. Vio un par de estrellas. Dejó la linterna camuflada en tierra, y examinó la

maquinaria. No dejaba de ser simple, con un solo motor. Por lo visto, los condes de St. Priest-Taurion aún no habían pensado en la conveniencia de poseer un gran yate. Y por lo menos uno de los condes, Durand, ya no tendría oportunidad. No había por qué perder más tiempo. Nat inició un destrozo sin espectacularidad, pero metódico, sistemático. A los diez minutos sudaba, pero estaba seguro de que el yate no se movería de allí por sus medios. Cuando concluyó, su rostro mostraba unos regueros brillantes de sudor. Dejó una palanca que le había sido muy útil y miró su palma derecha, llena de tornillos y tuercas cuya reposición no era cosa de un día. Tomó la linterna, la apagó y la guardó en un bolsillo de la cazadora. En aquel instante oía el rumor del motor de un coche, que cesó un instante más tarde, muy cerca de allí. Posiblemente, era la condesa, que llegaba al yate, con su equipaje, dispuesta a zarpar. Y, naturalmente, ello implicaba que por lo menos un hombre guardaría turno en la sala de máquinas... Se dirigió rápidamente a las escalerillas, cuando oyó pasos y voces en cubierta. Estaban subiendo por la pasarela central, y con un poco de suerte podría zambullirse en el agua, con lo cual las oportunidades de que le encontrasen, si era descubierto, eran tantas como las de hallar un copo de nieve en los hielos de la Antártida. Por tanto, se decidió. Iba a subir, cuando vio los pies de un tipo, pisando el peldaño superior; un hombre que descendía. Lo veía perfectamente, puesto que el marino llevaba pantalón blanco. Nat quedó abajo, junto a la escalerilla, esperando que el tipo estuviera a su altura. Fue cuestión de unos segundos. El tipo llegó al suelo, silbando lo de «Dark Eyes». Luego, el silbido apareció en sus propios oídos, cuando el puño derecho de Nat le alcanzó en la nuca, tirándole de boca contra las escalerillas. El tipo rebotó, desconcertado, pero en pie, por lo que Nat tuvo que recurrir a un par de golpes más duros: plexo solar, lo que hizo soltar un dolorido bufido al tipo, y luego, con las manos entrelazadas, de nuevo en la nuca, cuando el tipo se inclinaba. La rodilla derecha de Nat, en plena frente, concluyó el trabajo. Nat; entonces, rápido, subió las escalerillas y miró hacia el centro del yate, asomando apenas. La condesa y su séquito: un par de criados, con una maleta por barba. Se hablaba en cubierta y luego fueron hacia el portante de acceso a los camarotes, lo que aprovechó Nat para, primero, envolver su pistola en plástico. Luego, para aparecer

en cubierta, agazapado, y, simplemente, descolgarse luego al agua, procurando chapotear lo mínimo. Las tuercas y tornillos se hundieron, y el hombre del

F. B. I.

nadó en dirección al «*parking*» del club donde había dejado su motocicleta.

El teléfono. Nat, con una sonrisilla, alargó la mano y lo tomó. — Landis— dijo. Nada. —Soy Landis, diga... ¡Diga! Nada—. ¡Hola! Colgaron. Nat respiró hondo y soltó el aire. Dejó el teléfono, el sillón que había estado utilizando en su «*suite*» del «Caribe Hilton», y se dirigió hacia el «closet», donde tenía colgada su chaqueta del traje color crema; extrajo un bolígrafo, lo apretó por la parte superior y se descorrió parte de la capucha, dejando visibles unos diminutos orificios.

—Lynwood llamando a Murell.

—Te escucho, Lynwood. ¿Cómo vas? —Bueno..., por el momento tengo desconcertada a la condesa, la cual, creo, no saldrá hoy de crucero; ni mañana. Probablemente, tampoco pasado mañana.

—¿Qué has hecho?

—Bueno..., no importa ahora. Ocurre que no sabe de quién sospechar por las tremendas averías sufridas por su yate, y acaba de llamarme para saber si he sido yo; si estoy aquí o no.

—Magnífico, Lynwood. Le has destrozado el yate a la condesa; impides que salga de crucero. ¿Y ahora? —Gruñó Murell.

—Vigilar.

—¿A quién?

—A ella.

—Oh, vamos, Lynwood...

—Escucha esto, Murell: no pretendo que ella sea la pirata, ni que asesinara a su esposo, ni nada por el estilo. No es eso lo que trato de obtener de la condesa. Sencillamente, pienso que alguien pudiera, acercarse a ella.

—¿Quién, por ejemplo?

—Muy bien, voy a decírtelo. Pero, antes, veamos: ¿cómo crees que trasladan la mercancía que descargan de los buques detenidos?

—Bueno... —¿Por qué no buscar las cosas sencillas? Cabe la

posibilidad de que las carguen en otro buque, que navegue por los mismos rumbos, a la espera de la orden de acercarse. ¿Sí o no? — No puede negársele lógica a eso.

—Entonces, sigue escuchando. Los buques de líneas regulares están bien controlados. Por tanto, sospecho que las mercancías robadas van a parar a un buque «tramp». A un buque sin control, que lo mismo puede aparecer en Hamburgo, que en Macao, pongamos por caso. Con esto, no quiero decir que sea cosa de la flota de la condesa, ni de Durand, anteriormente. No obstante, como sigo sin encontrar una explicación pasional al crimen de Durand, prosigo sospechando que puede estar relacionado con algo de nuestros modernísimos piratas.

—Pero..., todo esto...

—Todo esto no puede estar más claro: es posible que a Durand le propusieran utilizar sus buques «tramp» para el traslado de las mercancías robadas. Es posible, repito. Durand pudo negarse, y le mataron. Ahora, queda la condesa, a quien, tal vez, pueden repetirle la oferta.

—Ya... Veo tu proceso... Entonces, hay que vigilarla, y anotar las visitas que recibe.

—Exacto.

—Pero..., entonces ¿qué pinta la amante de Durand?

—Nada, demonios. O, al menos, no se me ocurre. Y su desaparición tan perfecta huele a descomposición. ¿Me entiendes?

—¿Quieres decir que la han matado, ocultando el cadáver, para que busquemos inútilmente, sin fruto?

—No quiero decir nada. Apunto, simplemente, posibilidades. Puedo equivocarme. Por tanto, que se la siga buscando. ¿De acuerdo? Vigilancia de la condesa; muy atenta, pero, cuidado: sin delatarse. Es muy importante, no por la condesa en sí, sino por sus posibles visitantes.

—Entendido, Lynwood.

—Hay más: quiero que se vigile también el yate.

—Pero, ¿para qué? Si está tan destrozado, lo remolcarán a, un dique seco, para reparaciones...

—Pues se establece vigilancia, y en paz.

—Lo que tú digas, Lynwood. —Y es todo, por ahora. Aún podré dormir unas horas esta noche.

—¿Dónde?

—¿Tú qué crees?

—Hombre..., yo no me perdería una cena en el «Caribe Hilton», luego una velada de baile, y dormir en una suntuosa «*suite*», con auténtico olor a trópico...

—Pues voy a perdmelo, querido Murell; no quiero arriesgarme. Voy a dormir a la residencia. Al marinerito Ted seguro que no le molesta nadie. Es el único lugar de los disponibles que sólo conoce el

F. B. I.

Tranquilidad garantizada, por tanto.

—¿Tantas precauciones?

—Tantas.

—Bien. Buenas noches, Lynwood.

—«Ciao».

Cortó la comunicación. Se puso la chaqueta, tomó los cigarrillos que estaban junto al teléfono, mientras pensaba en una excusa para recepción, por si aquella noche alguien más le telefoneaba. Poco después, estaba atravesando el vestíbulo, y ya en la salida oyó la música de la pérgola, olfateó el ambiente, vio mujeres bonitas, o porciones de ellas, como piernas y escotes, pero tres minutos más tarde estaba en su «Pontiac».

IV

CON el primer cigarrillo del día entre los labios, Nat Lynwood buscó conexión con el agente especial Murell, de la Delegación del F. B. I.,

en San Juan de Puerto Rico. La respuesta no tardó en llegar:

—Murell a la escucha.

—Buenos días, Murell. ¿Novedades?

—Ninguna. Es muy temprano, ¿no?

—Según para qué. He estado estudiando de nuevo todos los papeles que me facilitaste.

—¿Y bien?

—Nada... Me he entretenido un poco con el retrato «robot» de la amante de Durand... Una chica guapa, ¿eh? Lástima que no sea una fotografía en color, y de cuerpo entero. Aquí dice, sin embargo, qué es rubia, ojos oscuros y piel bronceada.

—Si lo dice ahí... Bueno, la falta de datos más concretos obedece a que, sin duda, es de esas chicas discretas...

—Que no quieres líos, ¿eh?

—Más o menos.

—Y es poco lío eliminar a un hombre con cianuro. En fin..., lo malo es que ahora esa chica puede ser una morena con distinto peinado, y la piel blanca, por falta de contacto con el sol. Eso, si vive. Pero no te llamaba para hablarte de Lucille Cook; es por un detalle que anoche me pasó por alto, y... tiene cierto interés. Quizá te parezca demasiada sutileza, pero vamos a hacer la prueba.

—¿Qué prueba?

—Llama a la «Pólice Station», y averigua si la condesa ha denunciado los daños causados en su yate. Parece lo normal, ¿no? Además, le aticé a un tipo. La gente corriente comunica estas cosas

a la Policía. Supongo en que quince minutos tienes tiempo para enterarte de lo que haya al respecto.

—Me sobra tiempo Debí pensarlo yo, maldita sea... Te llamo dentro de quince minutos.

—De acuerdo. Otra cosa: ¿desde cuándo se vigila el yate?

—Desde anoche.

—¿Qué te han estado informando?

—La condesa se largó con sus dos criados. Desde entonces también está vigilada la condesa.

—Bien, bien... Hasta luego, Murell.

Nat cortó la comunicación, e invirtió los quince minutos de espera en desayunar en el bar de la residencia; una barra llena de moscas, mal café, mermelada de ciruelas, y algún borrachito madrugador, que se iba a su barca trazando eses. Nat se quitó el gusto del desayuno con un *whisky* solo, y luego regresó a su cuarto. Habían transcurrido los quince minutos señalados.

Poco después, estaba de nuevo al habla con Murell.

—¿Qué hay, Murell?

—Tienes razón, Lynwood: la Policía «no» ha recibido denuncia alguna.

—Vaya... No es como para empezar a sentirse genio, pero uno se pregunta, forzosamente, por qué la condesa prescinde de la Policía. Y por qué la condesa, en lugar de hablar francamente con el bueno de Landis, se limita a llamarle sólo para saber si está o no. ¿Qué hay con el yate?

—Sigue en el embarcadero.

—¿Seguro?

—Empieza a ser todo un poco extraño, Lynwood, pero el yate no ha sido remolcado, por ahora, a astillero alguno. Quizá las averías no son tan graves como crees...

—Lo son.

—Entonces, no sé qué pensar. Porque nuestro hombre de vigilancia allí no ha visto movimiento de mecánicos, ni de nadie. No se trata, pues, de que estén reparando el yate en el propio embarcadero. La verdad, empiezo a preguntarme si por ese yate, y la condesa, vamos a llegar a una plataforma de siete cañones, refulgentes, que aparece en el Mar de los Sargazos.

—Más difícil era llegar a la luna, ¿no?

—Sí, claro... ¿Puedo saber qué vas a hacer ahora?

—No creo que debamos precipitarnos en nada. Limitémonos a una atenta vigilancia, y es de esperar que la condesa reciba a alguien, o bien que haya movimiento en el yate. Por cierto: Ben Landis aprovechará hoy, en lo posible, el grato ambiente del «Caribe Hilton». Cualquier noticia, por poco interesante que parezca, quiero conocerla inmediatamente. Otra cosa: hay que averiguar, si es posible, sin despertar sospechas, qué barcos de la flota «tramp» de la condesa se encuentran fuera de San Juan. Máximos datos en cuanto a rumbo y destino.

—Creo que vamos a tener que movilizarlos todos los efectivos de la Delegación, Lynwood.

—Pues a moverse. Hasta luego.

Cortó la comunicación.

Suspiró, pensando que, como Ben Landis, no podía arriesgarse a nadar un rato en las magníficas piscinas del «Caribe Hilton», puesto que podía perder sus aladares postizos, o una pupila azul... Sin embargo, sí podía dedicarse a una especie de pesca...

Otra vez el tipo de la motocicleta la dejaba aparcada frente a un club, asegurándola con la cadena. Luego, con zancada larga, elástica, se dirigió hacia un coche oscuro, que estaba a cosa de trasciendas yardas, a una prudente distancia del yate de la condesa.

Nat se acercó al coche, e hizo una seña a su único ocupante.

El tipo sonrió levemente.

—¿Lynwood? —inquirió, asomando la cabeza por la portezuela, con el cristal bajado.

—Sí... Nada nuevo, ¿eh?

—Nada.

—Puedes irte, Goodale. Te relevo.

—Fenómeno, Lynwood. He estado deseando con todas mis fuerzas que ocurriese algo, pero... ¿Qué hay con todo este lío?

Nat sonrió levemente.

—Ningún lío —dijo—. Simplemente, sabemos que el yate no se puede poner en marcha, que un tipo ayer lo destrozó y golpeó a uno de la tripulación, sin que la condesa haya denunciado los hechos, ni haya ordenado la reparación del yate. Lo extraño es que tenía preparado su crucero. Por otra parte, ha recibido un par de visitas: dos tipos de sus oficinas. Uno de ellos, al director administrativo, un

tal Poindexter. Nada fuera de lo normal. En cuanto a su flota... — Hizo un gesto de resignación—, es incontrolable, lógicamente. En sus muelles tiene surtos cuatro buques. Los otros cuatro están por ahí.

—Bien... Buena suerte, Lynwood.

Nat se acomodó en el asiento correspondiente al conductor.

Goodale dijo:

—Tienes prismáticos, armas y radio. Todo a mano.

—Gracias, Goodale.

Y el agente especial Goodale se marchó, dejando a Nat en el interior del coche, observando el blanco yate. Todo era como la noche anterior; las mismas luces, el mismo excepcional colorido... El yate recibía también ramalazos de luces de colores, mientras que las propias se limitaban a las de situación.

Nat utilizó los prismáticos unos minutos, observando de cerca la cabina, proa y popa.

Impaciente, pensó que hasta era posible que estuvieran escuchando música de los «Two Guitars», como la noche anterior. Y salió del coche, paseando por el borde del muelle. Sus ropas oscuras eran una protección contra miradas poco atentas, o desprevenidas.

Se acercó al yate lo máximo que aconsejaba la más estricta prudencia. Observó unos instantes la inmovilidad de la nave e iba a volverse de espaldas, cuando ocurrió algo.

Algo que durante dos segundos le dejó inmóvil, en el borde del muelle. Luego, sin detenerse a pensar más, se lanzó al agua. Un salto rápido, potente, con estilo, que le permitió llegar al agua sin chapoteos y hundirse rápidamente, al mismo tiempo que avanzaba.

En sus retinas seguía la imagen vista unos momentos antes: era una dama. No pudo apreciar de un modo exacto sus formas, pero le pareció esbelta y joven, y, eso sí, vestía «shorts» y polo blanco, por lo que destacó bastante en el momento de lanzarse al agua. La dama, desde la borda del yate «Taurion» se había lanzado al agua, con premura, sin buscar belleza en el salto. A la desesperada, en opinión de Nat.

Nat, por entre dos aguas, nadó hacia la dama. Es claro que llegó el momento de emerger, y lo hizo con toda precaución, para hacerse lo menos visible posible.

Su mirada recorrió la encalmada superficie, que reflejaba

muchas luces y colores, y observó que la dama ya no estaba sola en el agua. Un tripulante del yate se había lanzado tras ella, y la buscaba.

Las cabezas de ambos fueron visibles para el hombre del F. B. I.,

quien, por fortuna, aún estaba algo alejado, porque desde cubierta, pegado a la borda, alguien alcanzaba con la luz de una potente linterna la cabeza de la dama, que resultó rubia.

Al verse atrapada por la luz, la mujer se hundió, pero el hombre que estaba en el agua la tenía localizada.

Nat no dudaba de la potencia natatoria de la mujer, pero se suponía que un marino profesional tenía sobradas razones para superarla.

Y Nat observó que se le acercaban; era lógico, puesto que a proa del buque estaba la escollera, con lo cual, aun suponiendo que la dama llegase, en tierra firme estaba perdida. En cambio, a popa, estaba el mar libre.

Nat se hundió y aguardó unos instantes.

Se dedicó a contar segundos, atribuyéndole el máximo de resistencia tanto al marino como a la dama.

Buen cálculo.

Cuando emergió de nuevo, la mujer asomaba a cuatro yardas de distancia, y el tripulante a sólo dos de ella, y a dos de Nat, ya que se había situado entre ambos.

Por otra parte, la luz de la linterna ya no llegaba a aquella distancia.

Fue entonces cuando Nat decidió atacar.

Sumergido, dio unas brazadas hacia el tripulante, y consiguió agarrarle por los tobillos, tirando de él hacia el fondo. Notó de inmediato las contorsiones del tipo, quien, además, se doblaba, de modo que sus manos llegaron a las de Nat. Éste soltó la derecha y, con un leve impulso, logró rodear el cuello del tipo. En tal situación, emergieron ambos, y Nat que también había soltado la izquierda, golpeó el cráneo del marino; luego, dos golpes detrás de la oreja.

Notó que el hombre aflojaba en su resistencia, y le soltó, para asestarle dos golpes de canto en la parte derecha del cuello. Le vio los ojos en blanco, pero insistió con un tercer golpe.

La carótida derecha notó los efectos de los golpes, y la falta parcial de riego sanguíneo en el cerebro fue suficiente para que el marino se desmayara.

Nat le soltó.

Si se ahogaba, peor para él, aunque siempre cabía la posibilidad de que del yate llegaran refuerzos, en cuanto se dieran cuenta que el que había saltado estaba en apuros.

Al soltar Nat al tipo, éste se hundió.

Y la dama, desde cierta distancia, ya que había seguido nadando, vio a Nat Lynwood, que se le aproximaba con enorme potencia, imposible de contrarrestar por parte de la mujer, que, además, presentaba signos de cansancio. Nat llegó junto a ella en unos segundos. Vio un reflejo de miedo en los ojos de la mujer.

—¿Puede seguir nadando?

—Usted... usted...

—Vi lo sucedía. No perdamos tiempo. Nade hacia las escalerillas del embarcadero seis. Si no puede, la ayudaré.

Ella empezó a nadar, en silencio.

Detrás, Nat, sin dejar de vigilar la posible presencia de algún otro tripulante. Y a quien no veía era al que había saltado en pos de la dama. Peor para el tipo, aunque, en realidad, Nat no estaba muy seguro de que su muerte fuese justa.

Vio luz en la cubierta del yate, y dos hombres que se arrojaban al agua.

De todos modos, ya era tarde.

Nat había llegado junto a la mujer, cuyo cabello ya estaba oscurecido por la humedad, pegado al cráneo y a los lados del rostro, y la remolcó velozmente hacia las escaleras de cemento del embarcadero seis. Ella fue la primera en pisar tierra. Inmediatamente detrás, Nat, quien se situó de forma que ella no pudiera huir y llamar la atención.

—Han saltado otros dos hombres del yate —dijo Nat.

La dama, jadeante, se mordía el labio inferior.

—¿Qué podemos hacer...? —musitó luego.

—No sé... La verdad es que empiezo a pensar que no es negocio haber intervenido... Pero me pareció que usted estaba en apuros, y...

—Yo... yo quiero escapar...

—En este caso, tengo un vehículo, aunque, realmente, no es muy cómodo...

—Lo que sea... Ya le contaré, señor...

—Entonces, corramos. No está lejos.

Corrieron por el muelle, agarrados de una mano, y Nat consideró inútil tratar de ocultarse, ya que las ropas de la mujer eran demasiado visibles; una sombra blanca, entre colores, y el negro del mar como contraste.

Llegaron junto a la moto, y ella pareció dudar de la eficacia de la misma, con un gesto.

Nat esbozó una sonrisa, y dijo:

—Usted agárrese, que vamos a volar. ¿Dispuesta?

—Sí..., sí, claro.

Nat ya había soltado la cadena; ambos empapados se acomodaron lo mejor posible en la motocicleta, que arrancaba instantes más tarde, con potente petardeo, dejando en el agua a dos tipos, que estaban cerca del embarcadero seis, pero, ya, como si estuvieran en Marte. Por otra parte, desde el yate habían seguido la trayectoria, impotentes por evitar la huida de la dama.

A sesenta millas a la hora, con los brazos de la dama estrujándole la cintura, con nerviosismo, asustada por aquella velocidad, temiendo por la inestabilidad de la moto, Nat recorría la bahía por su pista que la bordeaba, hasta llegar al primer puente que conducía al centro comercial, con sus rascacielos que quedaron rápidamente atrás.

La tranquilidad de Nat fue absoluta, cuando llegaron a la parte de extraña morfología, en que se unía lo viejo de San Juan y lo nuevo.

Calle Seis.

Ya no era necesaria la velocidad.

La calle Seis estaba tranquila, había escasas luces, y el hombre del

F. B. I.,

frenó con la rueda delantera casi tocando la puerta del edificio que actuaba de enlace.

—Hemos llegado —dijo.

Se apearon ambos, Nat abrió la puerta y señaló a la dama la entrada. Ella penetró en el edificio, un tanto recelosa, y Nat la

siguió, montado, haciendo rodar la moto con los pies. Una vez dentro, cerró la puerta y encendió la luz.

Nat dejó la moto apoyada en la pared, y luego miró a la dama.

Nat empezó a sonreír.

Y ella, por fin, esbozó también una sonrisa.

—Bueno..., parece que ha habido suerte, después de todo —dijo Nat.

—Sí, en efecto... Ellos me...

—No me explique nada. Yo creo que lo importante ahora es secarse y cambiarse de ropa. Lo malo es que, claro, aquí no hay prendas para usted... Y si quiere que la conduzca a algún sitio...

—No, por favor... Esta noche, no. ¿Si... si puede prestarme una camisa...? Usted es bastante alto..., ya me entiende, ¿no?

—Oh..., no había pensado en ello... Venga conmigo.

Fueron hacia donde estaba el dormitorio de la casa, y Nat abrió el «closet». Se volvió, sonriendo, un tanto irónico, hacia la dama.

—¿Vive solo aquí? —inquirió ella.

—Sí... Aquí, y en todas partes. Bueno..., vea: mi vestuario no es muy extenso. Puede elegir entre la camisa estampada y la blanca.

—La que sea.

Nat tomó la estampada, y miró con ojo crítico a la dama.

—Tal vez consigamos un buen efecto —sonrió.

—Gracias, señor...

—Lynwood. Nat Lynwood... Vaya al baño, se seca, se pone lo que pueda, y luego, mientras yo me cambio, puede preparar algo de beber. El frigorífico está en la cocina..., por si tiene hambre. ¿De acuerdo?

—¿De veras no quiere saber...?

Nat se encogió de hombros.

—Si nos aburrimos, ya me lo contará —dijo—. Sin embargo, es fácil de imaginar lo ocurrido: La invitaron a una fiestecita que, en suma, resultó que iba a ser la juerga particular de un tipo, y supongo que se trata del dueño de aquel yate. A usted no le entusias mó, saltó, y el tipo se sintió ofendido, humillado... Algo así, ¿eh?

—Pues sí...

—Vaya a ponerse cómoda.

—Gracias, Nat. Yo me llamo Lorna.

—«Okay».

Ella tomó la camisa estampada y salió del cuarto, dejando solo a Nat, quien la siguió con la mirada. Realmente, aquella mujer era como un zumbido en los oídos: alarma, peligro..., y, en otro terreno, una especie de estallido de locura, con aquellas fabulosas piernas, las caderas perfectas... La oyó meterse en el cuarto de baño...

De todos modos, el hombre del

F. B. I.,

tenía algo que hacer, y los segundos eran preciosos.

El bolígrafo. Lo tomó y fue hacia la salita, cerrando la puerta.

Estableció comunicación.

V

SE oyó la respuesta:

—Murell a la escucha. Pero, demonios, ¿no estás en el coche?

—No. Estoy en la calle Seis. Y no perdamos tiempo; límitate a escuchar. Tengo en esta casa a Lucille Cook, la amante desaparecida de míster Durand. No tengo tiempo para mayores explicaciones. Te llamo para que inmediatamente, inmediatamente, ¿entendido?, Goodale salga hacia aquí con un coche, y tenga relevos preparados. Lucille va a tener su oportunidad de huir, y veremos adonde nos conduce. Me parece el mejor medio de llegar a un punto importante del caso. Otra cosa: es imprescindible que se estreche la vigilancia sobre la condesa, y la gente que le ha visitado hoy. No importa los hombres que haya que emplear, ni los medios. Control absoluto de todos. Fuera.

Cortó, y dejó el bolígrafo sobre una repisa, descuidadamente. Era el mejor medio de que pasara inadvertido, por si Lucille, mientras él se duchaba, efectuaba un registro.

Luego, preparó rápidamente dos *whiskies*, y casi vació el suyo de un trago, para dar la impresión de que había estado bebiendo y fumando. Además, se había quitado el polo y la cazadora, y esperaba sentado en un sillón.

Unos minutos más tarde, y con una sonrisa levemente irónica, hacia su aparición Lucille, con el cabello recogido.

Nat la miró, con el cigarrillo entre los labios, entornados los ojos.

—Aquí tiene su *whisky* y cigarrillos, Lorna —dijo, por fin, Nat —. Ahora, me ducharé y cambiaré yo.

—Gracias, Nat. Realmente, ha sido providencial para mí. ¿Qué hacías por allí?

—Psé. Paseaba. Uno busca su oportunidad... Una cosa, Lorna: ¿se siente en deuda conmigo?

—Es obvio.

—¿Y... piensa denunciar lo ocurrido a la Policía?

—No sé... Una está de vuelta de lo que ocurre en estos casos. El dueño del yate puede tener influencias, y, realmente, no deseo líos.

—No obstante, si se decide a llamar a la «Pólice Station», olvídeme. Diga que huyó por sus medios. Es lo único que le pido a cambio de ese favor. ¿De acuerdo?

Lucille miraba con sus ojos muy negros a Nat, con fijeza.

—¿Qué clase de oportunidad busca? —inquirió, de pronto.

—Es, por supuesto, un concepto muy amplio —sonrió Nat.

—Usted parece culto.

—En mis... actividades, es muy importante «parecer» culto. Y, como en todo, unas veces salen bien las cosas, y otras no. Actualmente, confieso que mi situación no es excesivamente desahogada. Sólo tiene que mirar en torno... y a mí mismo. Ahora, tranquilícese, mientras me quito de encima el pringue y salitre del puerto. ¿«Okay»?

—«Okay» —sonrió ella, mirando de un modo extraño al atractivo y varonil agente del

F. B. I.

Nat fue al cuarto, y fue desnudándose, despacio, calculando el tiempo que podía tardar Goodale en llegar con un coche. No más de quince minutos, y habían transcurrido diez desde la llamada. Tendría que entretenerse un poco, para no dar margen a Lucille. Si ella huía antes de la llegada de Goodale, se perdía un punto importante..., aunque la condesa se vería obligada a dar explicaciones. Interesaban ambas: Lucille y la condesa.

Perdió cinco minutos fácilmente, oyendo moverse un poco a Lucille.

Luego, silbando, se metió en el baño. Bajo la ducha, y que ella hiciera lo que le diera la gana.

Naturalmente, se largaría. Aquella camisa estampada podía pasar por un minivestido, aunque algo exagerado. Y podía robarle algunos dólares... Y a ver adónde iba.

Nat no se molestó en darse prisa, y se dedicó a una ducha reconfortante, de agua caliente y fría, muy tonificante. Luego, se

secó a conciencia, salió del baño y se metió en el cuarto, vistiéndose con unos pantalones claros y un polo negro, de los que tenía repuesto. Se peinó, se entretuvo.

Luego, salió del cuarto, dispuesto a tomar el bolígrafo, y comunicó con Murell, para conocer noticias.

Entró. Y allí estaba ella.

Fumando, con las piernas cruzadas. Se había bebido el *whisky*, y dirigió una sonrisa a Nat, quien la devolvió, evitando así que se notara su desconcierto.

—Has tardado mucho más que yo, Nat —dijo ella.

—Lo lamento...

—No importa. Ahora..., ¿qué crees que puedo hacer?

Nat se sentó junto a ella.

Miró aquellas fabulosas piernas, sin que Lucille se moviera.

Luego, Nat se encogió de hombros.

—Es evidente que esta situación tiene algo de bella aventura. Pero imagino que tú y yo somos gente práctica, Lorna. Por consiguiente, no solucionas tus problemas, ni los míos. Si te atreves a regresar a tu casa, te acompaño, y en paz.

—No, no... Conozco a la gente, Nat. Ese bestia del yate, despechado, es capaz de matarme. Debiste verle cuando se acercaba a mí... No quiero ir a mi apartamento, Nat. No puedo exponerme.

—Entonces, estás en tu casa.

—Gracias... Háblame un poco de ti, Nat.

—Lo siento, nena. Hay cosas que uno debe guardar en el más estricto secreto. Hoy, algo nos une. Mañana no se sabe. Compréndelo.

—¿La Policía tiene algo contra ti?

—Y viceversa —sonrió torcidamente Nat.

—¿Te conocen en Puerto Rico?

—Mucho menos que en otros sitios —rió Nat.

—Ya... ¿Tienes música?

—Pues sí... Veamos...

Se puso en pie y registró el mueble librería-bar. Había tocadiscos y unas cuantas piezas, que Nat examinó, un tanto desolado. Con una en cada mano, se volvió hacia Lucille.

—Elige: «Cocktail de Piano», de Colé Porter, o «Lovely Huía», de «Kanai Quartet», hawaiano.

—Bueno..., piano de Porter. Es más dulce.

Nat puso el disco, y la música a reducido volumen, empezó a sonar en la estancia. Luego, Nat volvió a sentarse junto a Lucille, la cual le seguía escrutando, mirando. Nat encendió dos cigarrillos, y le tendió uno a ella, que aceptó. Fumaron silenciosos durante un par de minutos.

—Nat..., ¿has tenido alguna vez cien mil dólares? —musitó, de pronto, Lucille.

—Sí.

—Me lo figuraba... ¿Quieres volver a tenerlos?

—Hace una temporada que los busco —dijo Nat.

—Acaba de ocurrírseme una idea.

—Perfecto. Pero tengo que decirte que me gustan los trabajos limpios. Entendámonos: rápidos y sin excesivas complicaciones.

—¿Bailamos?

—Oh..., ése es un trabajo muy agradable, nena...

Se pusieron ambos en pie. Lucille rodeó el cuello del hombre del F. B. I.,

con ambos brazos, quien, a su vez, utilizó los suyos para acaparar por completo la breve cintura de Lucille. Bailaron un poco, mirándose a los ojos. Lucille musitó:

—¿No te resulto conocida, Nat?

Nat arqueó una ceja.

—Es seguro que no te he visto antes —dijo—. No me gusta ser vulgar, pero a veces hay que emplear la sencillez para ser claros: de haberte visto antes, no te hubiese olvidado.

—¿No lees los periódicos?

—Te aseguro que la única situación que de veras me importa es la mía —sonrió Nat.

—Ya... Eres un hombre interesante.

—Oh, vamos... ¿Por qué? ¿Porque prefiero no hablar de mí? Pues puedo decirte que en realidad soy bastante culto; incluso domino seis idiomas. Pero yo no soy el único, ni mucho menos, nena... Hay muchísimas personas en el mundo que son más cultas que yo, y dominan más idiomas.

—Es posible. Pero... ésos son sesudos plúmbeos... Tú eres distinto. Esa gente, por ejemplo, pues tiene su empleo...

—Un momento: ¿vas a proponerme un empleo?

—¡No! —rió Lucille.

—Entonces..., ¿esos cien mil...?

—Sigamos bailando.

Música de Colé Porter.

Dulce, en verdad. Y ella, Lucille, podía llegar a serlo. Estaba realizando un trabajo, de eso no le cabía duda a Nat, pero..., al mismo tiempo, Lucille, entre los brazos del hombre del

F. B. I.,

demostraba que podía olvidar el trabajo; que su frialdad le servía de máscara, cuando la necesitaba. Y llegó el primer beso.

El disco estaba parado.

Seguían abrazados.

Hasta que Nat la dejó resbalar luego hasta el sillón.

—Todo está bien, Lorna. No hay gran diferencia entre nosotros. Pero recuerda: me gustan los trabajos rápidos, sin exceso de complicaciones.

—¿Te va el chantaje?

—Me disgusta profundamente,... por no decir que me da asco. Es cobarde.

Lucille respiró hondo.

—Entonces, olvidemos el asunto, Nat —dijo ella.

—¿Te proponías chantajear al dueño del yate?

—Sí... Es alguien importante; con mucho dinero. Y..., en realidad, los cien mil son limpios; me refería a cien mil para cada uno. Nat.

—Ya...

—No importa. Intentaré hacerlo sola.

—Creo que eres muy optimista, Lorna... Ese tipo no te dará doscientos mil dólares por callar lo ocurrido. Esa suma se paga por cosas mucho más serias que la juega sucia de un millonario... De todos modos, aunque el chantaje, en sí, me repugne, a veces es un medio para castigar a la víctima, por cosas realmente sucias.

—Lo son, Nat...

—¿Por ejemplo?

—¿Puedo guardar yo también mis secretos?

—Naturalmente, querida...

—Pero puedo decirte que es un monstruo auténtico.

—Habría que escuchar su versión de los hechos.

—No quieres vencer la repugnancia, de acuerdo. Olvidemos eso.
¿Qué vas a hacer ahora?

—Teniendo en cuenta que la oportunidad se ha esfumado, y que no hay otra cosa mejor en perspectiva, creo que el sueño es lo más adecuado. Insisto, no obstante, en que no me importará acompañarte a cualquier sitio, donde te sientas segura.

—En estos momentos, sólo aquí, Nat.

—Muy bien... Puedes disponer del dormitorio.

—Gracias...

Se puso en pie. Fue hacia la salida de aquella estancia, observada por el agente del

F. B. I.,

que miraba con amargura aquella auténtica belleza.

VI

EL sol apuntaba tímidamente, con un tono rosado aún. Penetraba de rondón en el dormitorio.

Nat fue al «closet» y buscó ropas; un pantalón oscuro, y el mismo polo negro. La cazadora. Luego, su arma, el bolígrafo... Apenas se refrescó un poco el rostro, y se pasó el peine por los cabellos castaños. Observó de nuevo a Lucille, que no había variado su postura en lo más mínimo.

Luego, en un papel, escribió una nota:

«No sé cuándo regresaré. Si me aguardas, bien. Si no, todo habrá sido un sueño, un recuerdo grato. Si te quedas, registra el frigorífico Nat».

Lo dejó sobre el tocador y se largó de allí, llevándose las llaves de la moto, para no dar excesivo margen a Lucille.

Salió a la calle, en sombra fresca, que apenas despertaba. Tenía que encontrar a Goodale, que habría pasado una noche sencillamente horrible. El coche no estaba lejos de allí, y Goodale, con los ojos enrojecidos, había descubierto ya a Nat, y le miraba con claro reproche.

—Pudiste comunicar lo que había —gruñó.

—Lo lamento, no se presentó la oportunidad.

—Está bien... ¿Y ella?

—Aún duerme. No sé si saldrá, o se quedará. Que te releven, y mucha atención; no quisiera perderla de vista, aunque se trata de una caza de mediana importancia. Déjame la radio.

Nat se metió en el coche y se puso en comunicación con Murell.

La respuesta:

—Acabo de llegar, Lynwood. ¿Qué ocurre?

—Por favor, Murell...

—Bien, bien... Lo que me han informado ahora mismo, es que la condesa recibió anoche una visita algo intempestiva. Un tipo no identificado, lo siento. Por otra parte, hemos sabido que la Policía aún desconoce los hechos sobre el «Taurion».

—Lógico.

—¡Ah!, ¿sí?

—Oye esto: la condesa tenía en su yate a Lucille Cook. Un magnífico escondite para la amante de Durand. Ese yate era ideal, ya que nadie hubiera sospechado la presencia en él de Lucille. Y el hecho de que Lucille estuviera en el yate...

—Entiendo: la condesa quería vengar personalmente la muerte de su esposo.

—Cien mil perdones, querido Murell, pero jamás he oído nada tan absurdo, teniendo en cuenta que lo más dulce que la condesa decía de su esposo era que se trataba de un repugnante mulato. Por consiguiente, lo de la venganza, desechado por completo. Y, claro, no iba a llamar a la Policía, puesto que hubiesen podido averiguar algo sobre Lucille. Ni iban a trasladar el yate a dique de reparaciones, con Lucille dentro. No les convenía trasladar a Lucille, por la simple y repetida razón de que el yate era el único escondite seguro; absolutamente seguro.

—Vaya...

—Y la condesa demuestra una vez más no querer tratos con la Policía, al no denunciar que anoche uno de sus hombres debió morir ahogado. Rescatarían el cadáver, sin más. Y a seguir ocultando los hechos. La condesa, es claro, debe estar buscando desesperadamente al hombre que les destruyó el yate, y debe sospechar que es el mismo que ayudó a Lucille a huir.

—¿Y por qué huyó Lucille?

—Nerviosismo, miedo, disconformidad... Ya lo sabremos. Lo que sí es seguro, es que la condesa proyectaba su crucero con el fin de dejar a Lucille en otro sitio... o matarla. Ése es un fin seguro. Quizá el crucero sirviera para otros.

—Tengo que admitir que estoy de acuerdo.

—Mil gracias, hombre.

—¿Dónde está Lucille ahora?

—Pues... dormida; uno hasta pensaría cosas agradables con

respecto a ella.

—Hum..., noche tremenda, ¿eh?

—Los caballeros estamos obligados a ser discretos.

—Menudo...

—Atiende: manda relevo para Goodale.

—Está preparado. ¿Y tú?

—Pues..., por monstruoso que parezca, tengo que pensar en una complicidad entre Lucille y la condesa para matar a Durand. No quiero apretar aún a Lucille; antes, prefiero jugar otras bazas. Pudiera descubrir el crimen, pero también quedarme en el vacío con respecto a otras cosas, tan importantes o más.

—¿Por ejemplo?

—¿Olvidas que estoy buscando a unos piratas de siete cañones?

—Volvemos a lo mismo... ¿Vas viendo relación?

—Voy a buscarla.

—Bien...

—Hasta nuevas noticias.

Cortó. Miró a Goodale, y dijo:

—Te llega el relevo en unos minutos. Insisto: cuidado. Que no escape, si sale, aunque... es posible que nos sorprenda a todos, quedándose. No creo que desconfíe de mí; no demasiado, al menos. Y estoy seguro de que al ignorar mi identidad de agente del

F. B. I.,

optará por el desconocido y relativo peligro que supongo yo, al muy conocido que supone la condesa. ¿Bien?

—Yo diría que has descubierto todo lo del asesinato de Durand.

—Sí... Pero veamos lo que hay detrás.

—¿No puede ser simple ambición de la condesa? Se deshace del repugnante mulato, y queda dueña de una fortuna.

—Cabe Pero quiero profundizar.

—Muy bien.

—Hasta la vista, Goodale.

Nat saltó del coche y se marchó.

El criado mulato miraba a aquel hombre de algo más de treinta años, de cabello y ojos castaños, que resultaba atractivo, pese a su expresión un tanto seca.

A ambos les separaba la verja de hierro, y el perro pastor alemán

gruñía sordamente, pero sin ladridos estremecedores; reconocía a Nat, por el olfato, y de ahí su pasividad a medias. Por fortuna, el criado no tenía el mismo olfato que el perro, y el tipo preguntaba:

—¿Está citado con la señora condesa?

—No. Pero me recibirá.

—No esté tan seguro...

—Dígale que tengo algo que decirle sobre el «Taurion».

—Bien... —Un relámpago de recelo pasó por los ojos del criado. Por lo visto, era cierto que todos odiaban a Durand, por sus exigencias. No había agradado el tener que llamarle «señor conde»... Y, claro, tal odio favorecía a la condesa Lucienne de St. Priest.

—Es urgente —gruñó Nat.

—Pase... Aguardará un poco en el vestíbulo.

—Donde sea. Advierta que no actúo solo.

—No le entiendo —intentó estirarse el mulato.

—Yo sí, muchacho... —sonrió secamente Nat.

El tipo abrió la verja, y el perro siguió sin escandalizar. Al pasar junto a él, Nat, sonriendo, le acarició, ante la recelosa mirada del criado. Instantes más tarde, Nat estaba en el vestíbulo, esperando ser recibido por la condesa.

Fue cosa de quince minutos más tarde. Lucienne de St. Priest bajaba las escaleras como una reina, estilizada, pálida, elegante, con sobriedad, sin embargo, y fija su fría mirada en los ojos de Nat.

—¿Usted es Ted Randall? —inquirió la condesa.

—El mismo, señora.

—¿Y qué quiere?

—¿No se lo dijo el criado? Podemos sostener una conversación sobre el «Taurion».

—Sí... Pasemos al despacho, si no le importa.

—¿Por qué habría de importarme?

Nat ya conocía el magnífico despacho. Con toda desfachatez, se apoltronó en un sillón, mientras la dama, preocupada, un poco avejentada en aquellos momentos, pese a sus pretendidos aires dignos, se sentaba frente a él, juntando sus piernas, viejas ya, con escasez de atractivos, pese a sus masajes, «saunas», tratamientos especiales..., incluso deporte, como el tenis. Había una fotografía de la condesa, equipada, con la raqueta en la mano.

—Diga, señora: ¿murió el hombre al que atacué anoche? —
inquirió, de pronto, Nat.

—No sé nada de eso.

—Ustedes tenían a una muchacha en el yate, a la fuerza. Ella intentó huir, y..., en fin, por un azar yo andaba por allí, fumando un cigarrillo y pensando en las oportunidades que se le niegan a un hombre de cierta valía.

—¿Es usted el de la valía? —inquirió, con desdén, la condesa.

—Intrínseca, además —sonrió Nat—. Tengo a la muchacha.

—Oh...

—Vale un millón de dólares.

—¿La ha visto bien, Randall?

—La conocía por los periódicos, señora condesa. Si mal no recuerdo, su fotografía estaba bajo unos titulares que mencionaban el asesinato del señor conde de St. Priest-Taurion.

—No llame así a aquel ratero híbrido de mulata y ratón.

—Bueno..., pues a ese monstruillo híbrido, le mató Lucille Cook. Y usted, señora, tenía a Lucille Cook en su yate. ¿Vale o no vale un millón de dólares?

—Tendría que pensarlo.

—Es inútil. La respuesta sólo puede ser una.

—Deme tiempo...

—No puedo.

—Sin embargo, un millón de dólares...

—Lo tiene.

—Pero... ¿no puede esperar un par de días?

—No.

—Veinticuatro horas.

—No.

—¿Por qué?

—Señora condesa..., usted tiene perfecto derecho a dudar de mi valía personal. No obstante, voy a comunicarle cómo tengo organizado el asunto, para que vaya comprendiendo que ni admito demoras, ni estoy dispuesto a correr el menor riesgo. Esta noche, a las nueve zarpo con un buque. Soy marino de profesión. Empezaba a sentirme a disgusto, y buscaba otra cosa. Pero... creo que aún seré marino por unos días.

Era muy aguda la mirada de la condesa en aquellos momentos.

—A las nueve zarpa con su buque, enrolado en la tripulación — musitó—. Se marcha lejos, con un millón de dólares, que, en efecto, es la pérdida menor. ¿Ventajas?: usted se marcha muy lejos.

—Exacto.

—Bien... ¿Y Lucille?

—¿La quiere viva o muerta?

—Es indiferente.

—Entonces, viva, señora condesa. Pero solucionemos primero la entrega del millón de dólares, ¿le parece bien? Es inútil que dejen el dinero donde yo les diga, y luego traten de matarme. Sería sencillo. Yo perdería la vida, pero usted, entonces, lo perdería todo. Y...

—No hace falta que se extienda. ¿Dónde hay que dejarle el millón de dólares?

—Tinglado cinco del muelle cuatro de La Puntilla. Y fuera todo el mundo.

—¿Y Lucille?

—Bien..., eso ya es un poco más complicado, señora condesa.

—¿Por qué?

—No voy a entregársela inmediatamente.

La mujer irguió el busto. Había rayos en sus ojos en aquellos momentos. Apretaba la fina boca.

—¿Cuándo, entonces? —inquirió.

—Cuando haya transcurrido el tiempo suficiente para que yo me considere a salvo, y esté lejos de San Juan.

—Usted estará a salvo. Tiene mi palabra.

—¿Sí?

—Soy una aristócrata.

—Pues permítame un escalofrío, señora condesa. No sería agradable ahora recordar el «*affaire*» monstruillo Durand. Señora condesa..., ¿cómo convenció a la amante de Durand para que matase a éste?

—A usted no le importa.

—No... Además, usted es una aristócrata, pero yo soy un pobre diablo desconfiado, que no piensa soltar su millón de dólares. Espero que lo entienda. Por consiguiente, usted tendrá a Lucille a las veinticuatro horas exactas de haber zarpado el buque de cuya tripulación formo parte.

—No tengo garantías.

Nat se encogió de hombros.

—No pienso ceder terreno. O mis condiciones, o nada, condesa.

—Usted pierde un millón.

—Usted más. Y dígale al imbécil de su criado que deje de apuntarme. Si me mata, van a haber aquí muchos cadáveres. Algunos tan deprimentes como el de una aristócrata amargada y estúpida..., y pienso, aunque no me importe, que muy malvada también. A usted, condesa, la vida no le ha dado más compensaciones que un título, y por nacimiento. Lo demás, usted misma se lo ha negado... Ha sido tan rastrera como para casarse por dinero con un repugnante mulato, entregándole un título que alguien, sin duda, debió honrar en el pasado.

La condesa de St. Priest-Taurion se puso en pie, con la ira saliendo a chorros por sus pupilas. Nat la miraba con fijeza, fríamente, sin descomponerse.

—Baja la pistola, Luis. Y vete —dijo la condesa secamente—. Este hombre es intocable. Hay que admitir el poder, cuando alguien lo tiene claramente en sus manos. Ahora, Randall, prosigamos con el asunto. Omita nuevas alusiones a mis antepasados. Y oiga esto: un millón, en estos momentos, significa bastante dinero para mí. No obstante, estoy dispuesta a seguir luchando, para tener algo más que un título. Quiero millones de dólares, y usted no va a impedirlo; ni Lucille Cook. Ni nadie. Ha sido mi obsesión de siempre: el dinero. Me disgusta profundamente el papel de aristócrata arruinada; arruina mi moral, retuerce mi cerebro. Todo en mí se rebela ante... esa situación que yo no busqué. Bien... —Se sentó—. No estoy de acuerdo en tener a Lucille a las veinticuatro horas.

—Pues lo siento.

—Espere.

Nat; que estuvo a punto de ponerse en pie, se sentó de nuevo.

—Diga..., ¿quién me entregaría a Lucille, y dónde?

—No le voy a decir quién, pero el lugar... puede elegirlo usted misma, señora.

—¿No teme que quien me la entregue sufra daños?

—No.

—¿Por qué? No deja de ser un testigo.

—Pero es mi hermano. Más inteligente que yo. En realidad, todo

ha sido cosa suya, con algunos aportes míos.

—Ya... ¿Y si su hermano no cumple?

—Señora condesa..., estamos perdiendo el tiempo. Para nosotros, Lucille es una mercancía que vale un millón. No podemos tenerla indefinidamente, porque es un riesgo, porque la busca la Policía. Mi hermano se deshará de ella; la entregará a ustedes. Mi hermano está esperando mi llamada de conformidad, y sabrá que debe entregar a Lucille mañana a las nueve de la noche. Una mujer por un millón. No compliquemos más las cosas. Mi hermano, luego, tendrá prisa por reunirse conmigo, entiéndalo.

La condesa meditó unos instantes.

—Que su hermano deje a Lucille en la vereda de desvío que hay en la milla nueve de la autopista de San Juan a Río Piedras —dijo.

—Perfecto. No olvide depositar el millón. Tíngalo cinco del muelle cuatro, de La Puntilla.

—Márchese ya.

—Reflexione, y comprenda que mi hermano y yo estamos aferrando algo muy importante, y que soltarlo a la fuerza costaría muchas vidas, sangre, destrucción..., con usted en cabeza. Usted iniciaría el desfile de cadáveres.

—Váyase.

—Oiga, por favor: usted realiza un buen negocio.

—Trataré de ver las cosas de un modo optimista, y quizá entonces llegue a la misma conclusión que usted.

—Eso espero. Hasta nunca, señora condesa.

La dama, apretados los labios, ni siquiera respondió. Nat, esbozando una sonrisa, salió del despacho. Allí estaba el criado, mirándole con sus ojos marrones, con más expresión de perro que el pastor alemán, quien, al salir Nat, empezó a menear la cola, como si se tratara de un viejo amigo.

Luego, Nat, caminando, descendió por la Avenida de los Ángeles, admirando la maravillosa zona residencial de la moderna San Juan. Sin prisas, esperando la segunda parte de su plan. Una segunda parte que ya estaba en marcha: el coche le seguía. Perfecto. Iban a enterarse del nombre y otros datos del buque que zarpaba aquella noche a las nueve. Es claro, sin embargo, que tenía que arreglar ciertos asuntillos.

Sonriendo irónicamente, se metió en la primera cabina

telefónica que encontró a su paso. Ellos esperaban que llamara a su hermano. Pues bien: más o menos...

Sonó la voz, tras discar el número:

—

F. B. I.,
al habla.

—Con Murell. Soy Lynwood.

—Un instante.

Poco después, Murell:

—Demonios, ya no sé dónde estar para recibir tus llamadas, Lynwood. ¿Qué ocurrió?

—Atiende: búscame un buque mercante, con carga que tenga aliciente para los piratas y que zarpe a las nueve de la noche. Pero todo eso en una hora como máximo. Tienes que conseguirme un puesto en la tripulación. O, en todo caso habla con el capitán sobre mi identidad. Pero sólo con el capitán. ¿Entendido? Necesito zarpar a las nueve en un carguero importante.

—Dios..., me volverás loco, Lynwood. Tengo la impresión de que los de Washington lo que han hecho al enviarte aquí ha sido desembarazarse de un loco... Un mercante que zarpe a las nueve...

—Exacto.

—Está bien, está bien... ¿Cómo te comunico...?

—Yo te llamo dentro de una hora. Voy a meterme en cualquier cafetería del puerto, en espera de que transcurra la hora. ¿Sabes?, hay interesados en saber cuál es mi buque, y se lo mostraré tranquilamente. Y... olvidaba algo: además de la carga, la que sea, el buque transportará un millón de dólares, en efectivo, y en mis manos. Casi siento deseos de largarme con ese dinero...

—Buena broma, ¿eh?

—Sí, hombre... ¿Qué hay de Lucille?

—Chico, ¿qué le diste?

—Refugio, sólo refugio... —rió Nat.

—Ya... En fin, pues no se mueve de la casa.

—Estupendo. Voy a invitarla al viaje. Y..., posiblemente, a algo más, pero, por el momento, las cosas están así: consígueme el buque, y lo demás llegará solo. O llega..., o me destituyen en Washington. La jugada tiene sus inconvenientes, querido Murell. Hasta luego.

Colgó.

Manos en los bolsillos, silbando, el coche detrás...

Pasearía por toda la ciudad, y luego llamaría de nuevo a Murell.

Y... a confiar en sus presentimientos.

VII

DESPUÉS de un tranquilo almuerzo en una taberna del puerto, Nat Lynwood, tomando precauciones, emprendió el camino de regreso a la calle Seis.

Naturalmente, el que quienes le habían seguido hubiesen visto el buque, y se enterasen de todos los datos, formaba parte de sus planes. Pero no, ni mucho menos, que le siguieran hasta la calle Seis, por lo que realizó las maniobras convenientes para despistarles. No observó nada, de todos modos, pero no estaba para confianzas. Quizá se sintieron satisfechos con haber descubierto el buque.

Llegó al edificio de la calle Seis, abrió la puerta y echó un vistazo a la motocicleta, intacta. Caminaba hacia la salita, cuando ella, Lucille, salió a recibirle, con una sonrisa.

Vestía sus «*shorts*» blancos, como el polo, que, tal vez, había encogido a causa del remojón, a juzgar por lo que se ajustaba a su busto, lo mismo que los «*shorts*» a las caderas. El cabello suelto, fresca, hermosa...

Nat arqueó una ceja y ella rió.

—¿Sorprendido? —inquirió luego.

—Tengo que admitirlo. Quedamos en que no te ayudaría, y que no tenía gran cosa que ofrecerte.

—Sin embargo..., aquí estoy. A veces, aunque no debería existir el corazón, una se deja guiar por él.

—Hum... Bueno, ¿has tenido un presentimiento?

—No...

—Pues quedándote has acertado.

Lucille le miraba con receloso interrogante. Nat rodeó su cintura con una mano y la condujo hacia la salita.

—Prepara algo para beber, ¿quieres? —dijo Nat.

—Sí, claro...

Lucille preparó *whisky* para los dos y se sentó junto a Nat.

Nat, por unos instantes, se limitó a beber, en silencio. Tal vez dejando una pausa Lucille podía hablar, decir algo importante. Pero Lucille se limitó a preguntar:

—¿Y bien, Nat?

—He tenido suerte.

—¿Suerte...?

—Un millón de dólares.

—No es posible... —susurró Lucille, mirándole con los ojos muy abiertos.

—Hay un modo de que lo veas, Lorna.

La miraba con fijeza a los ojos en aquellos momentos.

—Creo que entiendo... Ves a tener, o tienes, un millón, y crees que yo puedo ir contigo.

—Depende de ti. Lo ignoro todo, o casi todo, sobre ti, pero todo indica que tu situación es, si no peligrosa, sí poco boyante. No parece que te vaya muy bien en San Juan. Pues bien: voy a tener ese millón, y, además, la fuga asegurada. ¿Qué dices?

Lucille se estaba mordiendo el labio inferior.

Seguían mirándose a los ojos, estudiándose. No obstante, el rostro de Nat era totalmente inexpresivo en aquellos momentos.

—¿Debo entender que hablas completamente en serio? —inquirió Lucille.

—Con un millón no se bromea, Lorna.

—¿Y la fuga asegurada? ¿Para... los dos?

—He pensado en ti, en efecto.

—Vaya... Es algo que te agradezco mucho, Nat...

—Un millón, y la vida por delante, Lorna.

—Sólo por ser hermosa... —sonrió levemente ella—. No está mal. Tiene sus ventajas... Pero quiero estar segura de que todo esto tiene sentido, Nat. ¿Puedes explicarte?

—¿Desconfías de mí?

—No, no... Pero quiero escucharte.

—Está bien... Perdona que omita los detalles de cómo voy a conseguir ese millón. Se trata de seguir manteniendo en secreto mis medios de operar, ¿comprendes? Bien: conseguido el millón, o el

noventa y nueve por ciento de probabilidades de tenerlo, lo elemental es prepararse, seguidamente, la fuga. Hasta ahora, lo he hecho sólo siempre. He desaparecido siempre solo. Pero en esta ocasión... va a ser distinto, si quieres; y ojalá no tenga que arrepentirme.

—No me has dicho nada concreto.

—A las nueve tendré el millón. En cuanto a nuestra fuga, la he preparado del siguiente modo: zarparé como marino en un buque mercante; me he enrolado en la tripulación. Es decir, que, casi simultáneamente, recogeré el dinero y zarparé en el buque; se llama «Zambudio», matrícula de San Juan, y transporta azúcar... Bueno, esos detalles no creo que tengan importancia. Azúcar y algunos minerales.

—Pero... ¿y yo? A mí, compréndelo, no van a admitirme como tripulante..., ni como nada. Una mujer a bordo de un lento mercante es como un palillo entre las patas de un elefante...

—Está solucionado. El capitán, Terence Alian, es un viejo conocido mío. Sólo tienes que vestirte con una camisa y pantalones, decir que te llamas Ed, y en paz. A las nueve menos cinco te metes en el buque. Has de procurar la máxima discreción, por supuesto. Llega al buque procurando pasar inadvertida y una vez a bordo niégate a hablar con alguien que no sea el capitán. Una vez hables con Terence, asunto solucionado. Te designará tu puesto, y poco más tarde llegaré yo, con el millón. Apenas yo pise cubierta, el buque se pone en marcha.

Lucille encendió un cigarrillo.

Meditaba.

—¿No te satisface la idea? —inquirió Nat.

—Me gusta estar contigo, Nat... Pero ni tú ni yo somos gente que soporte por mucho tiempo a otra persona...

—No creí que eso te preocupara.

—Está bien, no... Cuando nos separemos, ojalá podamos hacerlo con un grato recuerdo mutuo.

—Será suficiente, en efecto.

—¿Y... cuál es el destino del buque?

—Dakar.

—Bien.

—¿Aceptas?

—Iré contigo, Nat.

—Perfecto.

La miró detenidamente. Ella interpretó equivocadamente la mirada de Nat, y se acercó a él, rodeándole el cuello con los brazos estrechándole con fuerza. Le besó en los labios, pero Nat la separó, sin brusquedades, pero con expresión reflexiva.

—¿Qué ocurre, Nat? —musitó Lucille.

—Faltar algunos detalles...

—Pero hasta las ocho y media que salgamos de aquí... —Le brillaban los ojos a la restallante Lucille, cuyos labios estaban siempre muy cerca de los del hombre del

F. B. I.

—No puedes ir al buque con ese aspecto, Lorna —gruñó Nat.

—Oh..., es claro.

—Y tampoco quiero que parezcas una grulla, con ropas mías. La solución es la siguiente: te daré dinero, y tú misma, ahora, sales de compras. Adquieres una camisa, un pantalón aproximado a tu talla, y una cazadora que disimule el pecho. Unas botas fuertes, una gorra... No se trata de que parezcas un grumete, pero tampoco que despiertes excesiva atención entre los tripulantes del buque.

—Comprendo... Pero ¿no será peligroso que salga de aquí?

—En absoluto. Estamos en la parte vieja, o sólo a dos pasos de ella. Puedes ir a una tienda de prendas usadas, y con veinticinco dólares compras hasta al propietario. Ahí tienes.

De un rollito de billetes, Nat separó veinticinco dólares, que entregó a Lucille. Ella los miró un instante, y luego los guardó en el bolsito de los «shorts».

—No esperes más, Lorna —dijo Nat—. Prefiero tenerlo todo a punto para luego actuar sin precipitaciones.

Lucille se puso en pie. Asintió con la cabeza y sonrió, diciendo:

—Pareces un hombre muy seguro de ti mismo, Nat. Eso, forzosamente, ha de inspirarme confianza.

—Insisto en que sólo faltan pequeños detalles para que dentro de unos días estemos en Dakar, con un millón de dólares.

—No tardaré, Nat. ¿Quieres que traiga algo de comer?

—Si te sobra dinero...

—Claro que sí.

—Hasta luego, entonces.

Ella se inclinó, besándole de nuevo. Y salió de la salita, para abandonar la casa un instante más tarde. Tan pronto oyó la puerta, el hombre del

F. B. I.,

fue hacia la repisa donde estaba el bolígrafo, y un simple vistazo le satisfizo; el bolígrafo mostraba una leve capa compacta, bien extendida, de polvillo; no había sido tocado, pues.

Lo tomó, y a la presión aparecieron los orificios. Cambió la frecuencia, de modo que tuvo conexión directa con el agente especial que estaba de turno allí, cerca de aquella casa.

—Hiñes a la escucha.

—Lynwood.

—Ya te vi entrar, compañero. Y ahora ha salido ella. Me disponía a seguirla.

—Muy bien. Sólo quiero decirte que lo hagas a pie. Y esta vez esmérate al máximo, ¿comprendido? Es casi seguro que ella regresará aquí, pero, claro, hay que asegurarse. ¿De acuerdo?

—Sí. A pie. Voy tras ella, Lynwood. Corto.

Nat hizo lo propio, y, seguidamente, comunicó con Murell. Éste se puso inmediatamente al habla, un tanto excitado:

—Estaba esperando tu llamada, Nat. Ocurre lo siguiente: uno de los buques «tramp» de la condesa se dispone a zarpar. Lo hará antes de las cuatro. Tal vez tenga algún significado, ¿eh?

—Lo esperaba. Es decir, lo deseaba; he de ser sincero conmigo mismo.

—¿Todo ha ido bien con la gente que te seguía?

—Sí. Me vieron subir al «Zambudio», y por poco listos que sean lo demás es fácil, ¿no?

—Claro...

—Espero que todo esté listo en el momento oportuno, Murell.

—No me he dormido. Operación en marcha. ¿Y Lucille?

—Se ha mostrado interesada en huir..., conmigo y un millón. No voy a tratar de analizar si lo que le interesa de verdad es huir, o yo, o el millón. Eso carece de importancia. Por tanto, no volveremos a comunicar hasta el momento oportuno, Murell, a menos que haya alguna novedad importante.

—Corto.

—De acuerdo.

El hombre del

F. B. I.,

guardó el bolígrafo en un bolsillo interior de la cazadora, casi tocando la automática enfundada bajo la axila. Luego, se apoltronó en el sillón, fumando, a la espera del regreso de Lucille, que se produjo casi una hora más tarde.

Ella llegó con un lío bajo el brazo; un paquete mal hecho, que deslió bajo la mirada de Nat. Pantalones, botas, gorra, camisa, cazadora... Y algunas latas, con una botella de vino.

—Podemos comer algo, Nat. ¿Te parece?

—Mientras te cambias, me ocupo de eso.

—De acuerdo...

Cada uno con sus cosas fueron a la cocina y al dormitorio respectivamente.

Poco después comían, silenciosos.

Cuando terminaron, Nat dijo:

—Es preferible que descanses un poco, Lorna.

—¿Tienes algo que hacer?

—No. Sólo esperar. Escucharé un poco de música; hay que relajarse, permanecer tranquilos.

—Como quieras...

Antes de salir de la cocina, donde habían comido, le volvió a besar y le miró a los ojos.

—No sé, Nat... Me gusta la idea de huir; me gusta el millón de dólares, pero..., aunque no me creas, tú vales más que todo eso.

Nat se limitó a una sonrisa. Ella le miraba con ojos relucientes, pero Nat se puso en pie y salió de la cocina, dirigiéndose a la salita.

—¿Alguna pregunta, Lorna?

—No. Hablar con Terence, y en paz. Haré lo que él me diga.

—Eso es. Andando ya.

—Nat... ¿Seguro que será tan fácil para ti?

—Eso espero.

—Yo..., antes de separarnos, quisiera decirte algo: si para conseguir ese millón has de jugarte la vida prefiero que nos limitemos a abordar juntos el buque... Te lo juro. Para demostrarlo, basta con que ahora, juntos, vayamos al «Zambudio». Un millón de dólares no dura siempre; la felicidad, sus recuerdos, sí acompañan

siempre. El dinero es pasajero; los momentos de la vida que ha valido la pena vivir, son para siempre. ¿Lo comprendes?

—Tendremos todo eso, Lorna. Vete ya.

—Como quieras...

—Si no regreso, cuando llegues a Dakar verás lo que te conviene. De todos modos, el peligro es mínimo.

—Lo deseo...

Luego, un beso. Aquél era el momento en que Nat se mostró más duro, sin ceder a la pasión clara, sincera, de Lucille, que presentaba un aspecto de buen transformista. Era difícil adivinar que aquella figura pertenecía a la de una mujer hermosa... Nat, luego, la empujó hacia el «Zambudio», que empezaba a activar para zarpar.

Nat estuvo observando a Lucille hasta que ella ascendió por la pasarela del buque. Luego, consultó su reloj de pulsera. Faltaban diez minutos para las nueve; el tiempo justo.

Era mucho más cómodo moverse por aquella zona, de luces más bien escasas, con poco reflejos en las aguas negras, con grandes manchas de grasa flotando. Mirando hacia el otro lado de la bahía, muy lejanas, estaban las luces de la alegría. Allí, alguna sirena, cambios de luces de los buques, el motor de alguna motonave...

Se deslizó hacia La Puntilla, en busca del muelle cuatro, desde el cual, tras una pila de cajones, estuvo observando el tinglado cinco. No había nadie. Por lo menos, nadie visible. Resultaba casi absurdo tomar precauciones, dado que la condesa había movido sus piezas de modo fácil de adivinar, y no entraba en sus cálculos fallar en la entrega del dinero, ni en molestar a Nat, de momento, claro.

Nat, sin vacilaciones ya, pero con la diestra cerca de la culata de la automática, se dirigió hacia el tinglado, semiderruido, con olor a mil diablos, con sólo pilas de sacos podridos al fondo...

Fue fácil encontrar un maletín.

Lo abrió, y de cara a la entrada examinó el contenido. Dinero de curso legal. Un millón de dólares.

Sonriendo levemente, Nat abandonó el tinglado, el muelle, y La Puntilla, para correr hacia el «Zambudio». Llegó justo; iban a retirar la pasarela.

Poco después, estaba en cubierta. El capitán Terence Allen le esperaba.

—¿Y ella? —Fue lo primero que preguntó Nat.

—En un camarote.

—Perfecto, capitán. Zarpemos.

VIII

UN instante más tarde, el «Zambudio» maniobraba, para enfilarse alta mar. Nat y el capitán Alien, juntos, observaban la marcha del buque, alejándose de San Juan.

El capitán, un hombre tripudo, pero de aspecto fuerte y cabello gris, golpeó la pipa contra la borda.

—¿Cree que todo irá bien, señor Lynwood? —inquirió.

—Pueden ocurrir dos cosas. Una: que esté equivocado, y no suceda absolutamente nada. Dos: que corramos cierto peligro, pero..., ya sabe, ¿no? Su buque está perfectamente protegido. Tenemos destacado en el Mar de los Sargazos uno de nuestros submarinos indetectables, y, además, dos motonaves de la Cuarta Flota de Estados Unidos, muy rápidas, estarán lo más cerca posible.

—Bien... Colaboro con gusto, ésa es la verdad.

Nat sonrió, y dijo:

—Yo también quiero ser sincero, capitán: deseo que ocurra lo que espero. De lo contrario... Bueno, ¿para qué pensar en el fracaso, muy de la mano con el ridículo?

El capitán achicó los ojos, mirando a Nat Lynwood.

—¿Sabe?, no parece usted hombre que coseche fracasos.

—Su opinión es muy estimable, y se la agradezco, pero le aseguro que es la primera vez en mi vida que actúo sin plena seguridad. He tendido cebos, todo parece indicar que la caña de pescar se dobla bajo el peso de la pesca, pero... En fin, no le entretengo más ahora, capitán. Nos veremos luego.

—De acuerdo. Está en el camarote número dos. Hay una simple litera, y espero que a ella no le importe demasiado oler a calcetines podridos...

—Hay cosas peores.

Nat, con el maletín en la mano y sin que nadie le molestara, aunque sí le mirasen con cierta curiosidad, descendió al pasillo de los camarotes. Frente al número dos se detuvo, sonriendo levemente. Borró la sonrisa, llamando con los nudillos.

—¿Nat? —Oyó, al otro lado de la puerta.

—Abre, nena.

Lucille abrió la puerta, dejando paso a Nat, quien entró con el maletín en ristre y una sonrisa. Lucille le miró, miró el maletín, y se humedeció los labios.

—Lo conseguiste... —musitó.

—Era casi seguro. Bien... Guarda eso. Puedes entretenerme contando el dinero.

—Pero... ¿y tú?

—Por favor, no olvides que ahora, para pagar el favor a mi amigo Terence, tengo que trabajar. Seré un tripulante más, hasta que lleguemos a Dakar. Luego...

—Pero ¿no tendrás descansos...? ¿Ni un momento para mí, Nat?

—Nos iremos viendo... —musitó Nat, acariciando el rostro de Lucille, bajando las manos hasta tomar la cintura de ella.

Lucille se estrechó contra él, besándole. Sus ojos negros parecían tener una hoguera en lo hondo. Tras el beso, miró a Nat, quien en aquellos momentos tenía la mirada perdida, errante, por el camarote.

—Nat...

—¿Sí?

—Me da la impresión de que algo te preocupa. ¿Yo, quizá?

—No... No, no... Pensaba tonterías en este momento.

—¿Tonterías?

—En los piratas... —sonrió, irónico, Nat—. ¿No sabes que ha habido algunos extraños casos de piratería en el Mar de los Sargazos? Se ha comentado mucho entre la marinería. Pero..., demonios, ¿por qué íbamos a tener tan mala suerte?

De súbito, Lucille se echó a reír.

Nat frunció el ceño.

—¿Puedo saber qué ocurre? —Gruñó.

Lucille seguía riendo.

Reía, reía...

Nat, desconcertado, la agarró por un brazo, sacudiéndola.

—Ya basta, Lorna. ¿Has bebido?

—Oh, no... No, querido... Deja que nos ataquen los piratas... Sí, sí... Ojalá aparecieran ante nosotros...

El hombre del

F. B. I.,

tenía una expresión inquietante en aquellos momentos. Por supuesto, aquella reacción de Lucille requería explicaciones, pero, quizá, no fuese aún el momento. La miraba casi con ira.

—No te entiendo... Si nos atacan, lo perderemos todo —masculló.

—Me estás haciendo daño en el brazo, Nat.

—Está bien... Debe ser un poco de histeria. Debo ponerme a las órdenes del tercer oficial. Cuidado con hacer tonterías; no salgas de aquí, no te dejes ver por los tripulantes. Quieta. Duerme, lee, fuma, cuenta el dinero..., pero no bebas nada. Hasta luego.

Se largó, dando un portazo, desconcertado.

Y, sí... Sí, sí: lo que había oído antes de cerrar fue una carcajada de Lucille...

El capitán Terence, en el puente de mando, miraba, inquieto, a Nat.

—Estamos en zona peligrosa, señor Lynwood —dijo.

Nat, sin saber aún qué pensar sobre la actitud de Lucille, miraba el mar, que era como una gran plantación de algas, que flotaban con sus vejigas de aire en las hojas alargadas de aquel tipo de sargazo, dulzón. Todo, en torno, era una gran masa de sargazos. Y aquello duraría aún bastante, aunque Nat tenía proyectado regresar a tierra con Lucille, en una motonave, o el submarino, si nada sucedía.

—Convendría acortar la periodicidad de comunicación con las motonaves y el submarino —dijo Nat—. Cada quince minutos. O diez, mejor.

—Iba a sugerirlo, señor Lynwood. No sé si ha observado a la tripulación. Tienen miedo. El silencio de los hombres no es corriente. Normalmente, y por otras aguas, son hasta un tanto indisciplinados; cantan, tocan instrumentos musicales... No me gusta su silencio...

—Cada diez minutos, capitán.

—De acuerdo. Voy a dar la orden de...

En aquel instante, el segundo telegrafista llegaba a la carrera, con el rostro muy pálido; palidez que destacaba notablemente.

—¡Señor..., algo ocurre con las comunicaciones...! —gritó, antes de subir al puente de mando.

Nat y el capitán Terence Alien cambiaron una mirada. El capitán soltó un suspiro.

—Lo dije: no parece usted de los que cosechan fracasos. Los tenemos ahí, señor Lynwood.

Nat asintió con la cabeza.

—Vayamos a la sala de comunicaciones —dijo.

—Bien. No has debido gritar, Polk. Se ha enterado todo el mundo de lo que sucede —masculló el capitán—. Ve en busca del segundo oficial, y que tranquilice a la gente. Que reduzcan la velocidad, sin variar el rumbo. Conviene que las motonaves y el submarino no se desvíen. Ahora ya no reciben nuestras señales, pero conocen el rumbo. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

El segundo telegrafista estaba bajando, cuando desde proa llegó una voz, un tanto histérica:

—¡Señor, una boya luminosa está emitiendo destellos muy rápidos intermitentes! ¡Peligro, señor!

—Sigue ahí, y no te preocupes. ¿Viene, Lynwood?

—Sí, rápido.

Se cruzaron con el segundo oficial, que iba a decir algo, pero el capitán le atajó:

—Cuide de que la gente no pierda la serenidad. Polk le dará más instrucciones.

Dejaron hablando a Polk y al segundo oficial, precipitándose hacia la sala de comunicaciones, donde el telegrafista estaba sudando, con la espalda de la camisa empapada, tratando de conseguir respuesta del submarino o de las motonaves, sin el menor resultado. Al oír llegar al capitán y a Nat, se revolvió.

—Bloqueados, señor —dijo.

—¿No se recibe nada?

—Por ahora, no...

—Esperemos, ya ha aparecido la boya indicadora de peligro. No creo que tarden en lanzar su...

—¡Alguien está comunicando, señor!

El telegrafista ocupó su puesto, recogiendo el mensaje, que fue ciertamente breve. Cuando terminó, sentado, se volvió, muy pálido, hacia el capitán Alien.

—Dicen que detengamos el buque que arriemos botes y lo abandonemos, a excepción de Ted Randall. Está claro todo, excepto lo de ese Randall...

Nat sonrió levemente.

El capitán le miraba.

—Vayan obedeciendo —dijo Nat—. Maniobren despacio. No obstante, esperen la segunda advertencia. Ganen tiempo; dejen que aparezcan los cañones. Si para el momento en que se dispongan a hacer fuego no hemos recibido el refuerzo de las motonaves y el submarino, me entregaré. En el peor de los casos, ustedes pueden salvarse.

Y se marchó, dejando silenciosos a los dos marinos, que se limitaron a observar la marcha del hombre del

F. B. I.

Nat, por su parte, fue hacia los camarotes y llamó con los nudillos en el número dos. Se abrió la puerta casi inmediatamente.

—Nat..., empezaba a sentirme un poco sola...

—Están aquí, Lucille. Me gustaría oírte reír ahora.

—¿Quiénes están aquí, Nat? —inquirió Lucille.

—¡Los piratas!

—¿Y quieres oírme reír?

—¡Sí! —estalló Nat.

Lucille empezó a reír, suavemente primero. Una risa franca, tranquila; no había nerviosismo ni nada forzado en su risa.

Nat la miraba, apretados los labios.

—Ya basta —gruñó luego—. Me gustaría poder reír yo también, nena.

—Nos reiremos todos... ¿Han salido los cañones?

—No lo sé.

—¿Crees que corres algún riesgo, o yo, si salgo a... cubierta?

—El riesgo es tan grande en estos momentos, están todos tan asustados, que no creo que reparen en tu presencia.

—Muy bien. ¿Dónde está el capitán?

—En la sala de comunicaciones.

—Vamos allá, entonces.

Nat asintió con la cabeza.

—De acuerdo...

Salieron, caminando rápidamente hacia la sala de comunicaciones. Al entrar allí, se oyeron las voces excitadas del segundo oficial:

—¡Estamos apuntados por los cañones! ¡Siete grandes cañones...! ¡Tenemos que rendir el buque, capitán! ¡No podemos jugarnos la vida de casi cuarenta hombres! ¿Es que no lo entiende?

El capitán miró a Lucille y a Nat.

—Bien..., ¿has oído, Nat? —inquirió el capitán, poniéndose a la altura de las circunstancias, con el tuteo, dada la presencia de Lucille.

Nat asintió con la cabeza, admirando la serenidad de aquel hombre, que aún seguía confiando en el

F. B. I.,

representado en aquellos momentos por un solo hombre, que nada podía contra siete cañones. Nat dijo:

—Sigan entreteniéndoles. Vamos. Terence, que te obedezca el telegrafista. Decíles que Ted Randall se entrega.

—Bien...

—Un momento —dijo Lucille.

Todos la miraron. Demonios..., ¿qué hacía allí aquella mujer, y qué pintaba en el asunto? ¿Y qué más daba ya?

—¿Qué pasa, Lorna? —Gruñó Nat.

—Si me es permitido, puedo intervenir eficazmente —dijo—. Primero: usted, capitán, vaya al puente de mando, y ordene que el buque siga en marcha, a toda máquina. Segundo: el mensaje que puede transmitir el telegrafista bien pudiera ser algo así como...: «Apártense, o les arrasamos». Con eso es suficiente.

Muchos ceños fruncidos, excepto el de Nat, que en aquellos momentos, aunque desconcertado, sonreía. Él sabía que si Lucille ordenaba aquello, tenía sus razones.

Terence Alien miró a Nat, como pidiendo ayuda.

—Haz lo que ella ha dicho, Terence. Y ordena al telegrafista que transmita ese mensaje a los piratas: «Que se aparte, o les arrasamos».

—¡Menuda majadería! —estalló el telegrafista—. ¡Esta mujer

está completamente loca...!

—Obedezca —dijo secamente el capitán—. Curse el mensaje. Los demás, al puente de mando conmigo. Veremos los cañones, y lo que sucede cuando el buque se ponga en marcha.

Era uno orden tajante. La orden del capitán del buque.

No había nada que oponer.

Todos salieron de la sala de comunicaciones. Nat tomó a Lucille por un brazo. Ella le miró, sonriendo.

—Pareces muy sorprendido, Nat.

—¿No te parece lógico?

—Claro que sí...

—De todos modos, estamos haciendo lo que has dicho tú, y puede salir bien o no. Vas a quedarte de momento en tu camarote. Yo estaré en cubierta, para ver lo que sucede. Siento mucha curiosidad.

—Yo también...

—Por favor, Lorna.

—Está bien...

Llegaron al camarote, penetrando ambos en el mismo. Lucille, sin abandonar su sonrisa, miró a Nat a los ojos.

—¿Crees, que luego podrás verme, Nat?

—Lo procuraré. Hasta luego.

—Serán diez horribles días, sin vernos apenas, Nat...

—Me conformaría, tal como está en estos momentos la situación.

Lucille le besó. Luego, mirándole a los ojos, inquirió:

—¿No preguntas nada sobre todo eso, Nat?

—No es momento. No te muevas de aquí. Veamos qué ocurre.

El hombre del

F. B. I.,

que ya había conseguido la llave del camarote que ocupaba Lucille, salió, cerró de golpe, y luego, con una sonrisa torcida introdujo la llave en la cerradura, dando la vuelta. Guardó el llavín en un bolsillo, mientras oía las voces y los golpes de Lucille en la puerta.

—¡Nat...! ¡Nat! ¿Qué haces...? ¿Por qué me...?

Nat ya estaba en cubierta.

Corrió hacia el puente de mando.

—Extraordinario, extraordinario, señor Lynwood...

—No lo entiendo...

—¡Y quién va a entenderlo...!

Lo veía todo el mundo.

Los siete cañones que habían estado amenazando al buque, al cuarto buque que los piratas atacaban en el Mar de los Sargazos, estaban desapareciendo lentamente, en la plataforma circular, que sobresalía ligeramente de otra de mayor diámetro; el aparato visible reluciente, amenazador, estaba desapareciendo, hasta que los cañones se ocultaron en la plataforma, y ésta empezó a desaparecer, mientras el buque iba a toda máquina hacia aquella zona.

—Vamos a chocar contra lo que sea... —dijo el capitán.

—No sé... Parece que se mueven mejor y más rápido sumergidos —dijo Nat—. Con todo, la amenaza ha cesado.

—No entiendo nada... ¿Ella ha dicho lo...?

—Aún no se lo he preguntado —dijo torcidamente Nat.

—Pero...

Llegaba un hombre.

—¡Estamos recibiendo comunicación del submarino, señor!

IX

TODOS miraban al telegrafista, que acababa de recoger el mensaje del submarino. El hombre, con expresión incrédula, empezó a leer:

«Hemos detectado la amenaza. Nos encontramos muy cerca de ustedes y del aparato que se está sumergiendo rápidamente. Tienen vía libre. Nosotros nos ocupamos del resto. Por nuestros objetivos de televisión, circuito cerrado, estamos viendo bien el aparato. Es mucho más grande de lo que podía presumirse. Es una esfera brillante, que parece de aluminio, con alguna aleación dura. En estos momentos, la vemos grande redonda y brillante, como una luna llena. Sigán su rumbo».

Se hizo el silencio.

Nat, tres reflexionar unos instantes, dijo:

—Pónganse en comunicación con alguna motonave. Que se acerquen al máximo. Ustedes, señores, prosigan su viaje comercial a Dakar. Yo me quedo en el Mar de los Sargazos. Les deseo feliz travesía. Oh..., por favor, prepárenme un bote para ir hasta la motonave. Tan pronto esté todo listo, y la motonave cerca, me avisan... Estaré en el camarote dos.

El capitán miró al telegrafista.

—Comunica con motonaves. Cursa el mensaje.

—Sí, señor.

El capitán Alien siguió a Nat hasta la puerta de la sala de comunicaciones.

—Le felicito, señor Lynwood —dijo—. Y le aseguro que no me

importaría perder unas horas de marcha, para saber qué ocurre con todo esto. No puede ser más extraño. Siento una tremenda curiosidad.

—Por mí, puede quedarse, capitán.

—Hum... Creo que valdrá la pena.

—Ahora, le dejo. Voy a solucionar cierto pequeño asunto.

—Bien...

—Avísenme cuando tenga a mi alcance la motonave.

—De acuerdo.

Nat, entonces, se dirigió hacia el camarote dos. Abrió la puerta y entró, sonriendo. Lucille le miraba de un modo extraño. Había en su rostro ciertos signos de recelo, Estaba sentada en el borde de la litera, el maletín estaba abierto y algunos billetes por el suelo, arrugados rabiosamente.

Nat inquirió:

—¿Qué significa esto, cariño?

—¿Por qué me encerraste?

—La curiosidad de las mujeres es temible.

—Está bien... ¿Qué ha ocurrido?

—El artefacto ha desaparecido. Curioso...

—¿Y ahora?

—Pues nada; navegamos. De todos modos, soy hombre que hace bien las cosas, Lorna. Siempre con la ayuda de mi buen amigo Terence, voy a cambiar de barco. Se nos está acercando otro buque, al que llegaremos en un bote. Es millón que has estado... estrujando, pertenece a alguien importante, que no se da por vencido... Por tanto, tranquilidad hasta que nos avisen. Y luego..., rumbo a San Juan.

Lucille pestañeó.

—¿A... San Juan? —musitó.

—Es una hermosa ciudad, querida.

—Nat... ¿Qué...?

—Espera, espera... No conoces todos mis planes. Una vez en San Juan, te presentaré a alguien que te agradecerá mucho los servicios prestados... al

F. B. I.

Quieta. Quieta ahí, Lucille. Es posible que hayas pasado conmigo momentos agradables; tú sabrás. Pero te aseguro que puedo ser un

salvaje reverso de la medalla. ¿Comprendido? Y, por mi parte, terminaron las explicaciones. Oh..., el dinero es de la condesa, claro. El chantaje que tú proyectabas lo hice yo por mi cuenta; un millón a cambio de una mujer... Pero el

F. B. I.,

lo quiere todo: asesinos, piratas, condesas, aparatos con siete cañones... El

F. B. I.,

repito, lo quiere todo. Ahora, tú verás si te interesa o no hablarme sobre ese aparato y la condesa.

Lucille, que había respingado al principio, en un intento de reacción, estaba como aplastada en aquellos momentos.

—Ya no importa que beba, ¿verdad? —musitó.

—No, claro...

Allí había una botella de *whisky*. Lucille se puso en pie, la tomó, e iba a beber directamente de ella, pero una mano de Nat se la arrebató. Luego, Nat, inexpresivo, olfateó por el cuello. Sonriendo, la devolvió a Lucille.

—Bebe —dijo.

Ella bebió un trago.

Luego, se encogió de hombros.

—Salí de manos de la condesa, para caer en manos del

F. B. I.

—musitó—. Todo es malo..., aunque de no ser por ti, quizá hubieran decidido eliminarme de una vez...

—Ya... ¿Por qué?

—Me buscaba la Policía. Estaba marcada. En San Juan, ya era un estorbo para la condesa. Me prometió sacarme de la ciudad, y de Puerto Rico, con el yate. Yo aguardaba en el yate, pero el momento de la fuga no llegaba, y me ponía nerviosa. Aparte de eso, no confiaba enteramente en la palabra de Lucienne. Ella me había dicho que el yate se encontraría con uno de sus buques «tramp», y que me dejarían en un puerto del sur de África, con dinero, pasaporte y la posibilidad de seguir en contacto con ella y su organización.

—Es decir, que siendo tú el asesino de su esposo, ella te protegía, te facilitaba la fuga, te daba dinero, pasaporte... Curioso, ¿no?

Lucille volvió a beber.

Iba a abrir la boca, cuando llamaron a la puerta. Nat abrió; un tripulante le dijo:

—Tiene el bote listo, señor Lynwood. Y la motonave espera.

—Gracias. Vamos, Lucille. Oh... por favor, recoge todo el dinero y mételo en el maletín... Así, eso es... Ahora, dámelo... Y camina. Por cierto, olvidé decirte que el «Zambudio» estaba protegido por un submarino indetectable y dos motonaves, todo efectivos de la Cuarta Flota de Estados Unidos.

Lucille sonrió un tanto forzosamente. Con su vestido masculino, la gorra que le recogía el cabello, caminó con su habitual paso femenino. Poco después estaban en la borda, a babor; abajo, meciéndose entre sargazos, estaba el bote, y al fondo, a escasa distancia, la motonave de la Armada.

Había tendida una escala de cuerda, y el hombre del F. B. I.,

descendió en primer lugar. Luego, en el bote, en pie, esperaba la llegada de Lucille, cuyo descenso vigilaba atentamente. Al parecer, los sargazos repugnaban a la dama, que quedó mansamente en el bote.

—Rema. Es un trayecto corto, como ves.

Lucille, en silencio, tomó los remos, y el bote empezó a virar, tomando el rumbo en dirección a la motonave, que emitía señales.

Había mucha gente en la borda del «Zambudio», mirándoles. Nat se despidió con un gesto.

Luego, miró a Lucille, y dijo:

—Si estás pensando en matarme con un golpe de remo, piensa en otra cosa. Te ahogaría entre estas algas repugnantes.

—Es inútil intentar algo. Un solo hombre ha descubierto y ha sabido anular una organización que había llegado a convertirse en un verdadero terror mariner... Un solo hombre.

—No es exacto, querida. Ha sido el

F. B. I.

En fin..., ve acercándote a la escala. Todos son muy amables, ¿te das cuenta? Hay comité de recepción arriba.

—Sí... Me conduciréis a Estados Unidos, ¿verdad?

—En efecto.

—Nat... Antes de... de llegar arriba..., quisiera despedirme de

ti. No quiero convencerte de nada. Ni siquiera seguir hablando... Sólo una despedida. No tengo el millón, ni libertad, ni a ti... Pero quiero el recuerdo.

—Ya pasó, Lucille. Lo que hayas de recordar, ha ocurrido ya. No puede haber nada más entre nosotros.

—¿Ni un beso de...?

—Me repugnaría tanto como verme atrapado por esos asquerosos sargazos.

Lucille inclinó la cabeza.

Ya no remaba. El bote, por su propio impulso, estaba llegando junto al casco de la motonave, por donde estaba tendida la escala de cuerda. Lucille, silenciosa, soltó los remos, se puso en pie e inició el ascenso, seguida por la mirada impasible del hombre del

F. B. I.

Además, no había terminado con ella. Había trabajo.

Lucille fue recogida en la motonave, y el hombre del

F. B. I.,

subió rápidamente después.

—Bien venido a bordo, señor Lynwood —saludó el teniente de navío.

—¿Hay noticias?

—Estamos recibiendo continuamente. La otra motonave ha detenido al buque «tramp» que estaba esperando.

—De acuerdo. Encierran a esa mujer. Registren sus ropas; un registro a conciencia... ¿Saben?, pudiera tener cianuro en su poder. Vamos, teniente.

La maniobra había durado cosa de media hora. En una zona del Mar de los Sargazos se veían dos mercantes, uno de ellos «tramp», de la flota de la condesa de St. Priest-Taurion, y el «Zambudio». Por otro lado, dos motonaves. Además, un submarino negro, estilizado, había emergido. Y lo que destacaba entre todo era aquella esfera de metal resplandeciente, que no mostraba plataformas ni cañones en aquellos momentos.

Era como una enorme boya a la que se estaba acercando la motonave en la viajaba el hombre del

F. B. I.

Cuando llegaron próximos al extraño artefacto, el teniente de navío,

comandante de la motonave, empezó a dar órdenes por un amplificador. Y se había abierto una compuerta, dejando un boquete oscuro en aquella esfera de metal.

Un bote se acercaba a aquella compuerta.

Desde la borda, junto al teniente de navío, Nat observaba la maniobra de traslado de prisioneros.

Completamente rodeados, con los sargazos flotando junto a ellos, un total de seis hombres, desarmados, vestidos de oscuro, fueron saliendo del artefacto, metiéndose en los botes, para ser trasladados a bordo de la motonave.

Los seis hombres fueron alineados frente al teniente de navío. Nat, junto a él, les observaba. Todos eran morenos, a excepción de uno, ancho y fuerte, de cabello rubio y lacio, y fría mirada.

—¿El comandante de... eso? —inquirió el teniente.

El rubio dio un paso al frente.

—Venga con nosotros. ¿Nos acompaña, señor Lynwood? Realizaremos una visita a la nave de siete cañones.

—Encantado —dijo Nat.

—Los demás, que sean encerrados —dijo el oficial.

Poco después, el teniente, Nat, aquel tipo y otros oficiales, llegaban al aparato. Penetraron en él.

—Muéstrenos sus dotes de anfitrión —rezongó Nat, mirando al tipo rubio, de fría mirada—. Y diga su nombre.

—Forgensen.

—Lo mismo daba —dijo, con una sonrisa torcida, Nat—. Supongo que tienen luces.

El tipo, amenazado por varias armas, fue encendiendo luces y mostrando el artefacto, por su interior. Todo, ante el desconcierto de aquella gente, que no entendía una palabra.

Forgensen dijo:

—Es, simplemente, una antena de enorme potencia, capaz de absorber cualquier frecuencia de comunicación; intercepta mensajes, comunicaciones de toda índole. Tenemos circuito cerrado de televisión. Vean. Controles, cámaras de aire, generadores de corriente propios...

Era un conglomerado electrónico realmente importante; una visión rara.

—Lo lamentable es que no vimos al submarino..., porque no lo

esperábamos —dijo Forgensen—. Sí habíamos detectado a las motonaves, pero pensábamos que una actuación rápida tendría éxito. Aquí están los mandos para que la antena aparezca. Oh, debo confesar que lo que se ha creído que eran cañones, no son más que los dipolos cónicos, que en número de siete forman la antena propiamente dicha. Los dipolos cónicos llevan espirales en torno, de modo que la fuerza de la antena es omnidireccional, y capaz incluso de registrar microondas. Bien..., éste es el aparato: una antena espía.

Nat rió silenciosamente.

Le miraron.

—Bueno, Lynwood... Creo que usted tiene razón: habría que reír.

—Sí... Buena jugada; una simple antena-espía, con siete dipolos cónicos, que emergen de una pantalla. Todo produce hasta pavor. Los dipolos, es claro, yo los he visto, están revestidos por tubos de aluminio, y nadie sería capaz de creer que no son auténticos cañones... En suma, han jugado con la extraña apariencia de algo tan inofensivo como una antena... Felicidades.

—Vaya.

—El

F. B. I.,

no ha terminado —dijo Nat—. La presencia de esta antena-espía en nuestras inmediaciones, debe tener alguna explicación. Tengo prisa... Forgensen, ¿ha comunicado a la condesa lo que ocurre?

—No... Nos desconcertó mucho la orden de apartarnos, y nos sumergimos... Bien, la boya funciona con sus compartimientos de aire, es lógico. Emergemos y nos sumergimos a voluntad, y respiramos aire fresco por la noche, entre sargazos solitarios...

—Le estaba hablando de comunicaciones.

—El desconcierto no nos lo permitió. Teníamos al submarino encima, con dos torpedos en proa, y no era cosa de correr el riesgo de saltar en pedazos por entretener la maniobra de emergencia. Por tanto, no comunicamos.

—¿La condesa esperaba noticias?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Pasan dos horas.

Nat miró al teniente de navío.

—¿Cuál es la base de helicópteros más próxima, teniente? —
inquirió.

—La isla Santurce.

—Vamos.

—Pero...

—Es urgente.

—De acuerdo. ¿Es todo, Forgensen?

—Todo. No hay nada más en esta antena. Todo lo que ven, es para autonomía, para entrada y salida de aire, rumbos, comunicaciones... Es un aparato inofensivo.

—Todo el mundo a la motonave. Dejen flotando la antena, y que sea remolcada por el buque «tramp» detenido por la otra motonave. Pasen la orden al telegrafista, y que la comunique al comandante de la motonave compañera. Andando.

Diez minutos más tarde quedaba a solas, brillando, la antena, redonda, sin los dipolos visibles... Un artefacto extraño, que por la simple amenaza había causado muchas víctimas, apoderándose de mercancías valiosas.

Mientras la motonave, a toda máquina, navegaba en dirección a la isla Santurce, el hombre del

F. B. I.,

en la borda con el cabello agitado por la brisa, miraba aún aquel globo brillante, que la distancia parecía ir deshinchando.

Cuando lo perdió de vista consideró llegado el momento de aclarar algunos puntos con respecto a Lucille.

Unos minutos más tarde entraba en el camarote en que la habían encerrado.

—Lucille...

Ella le miró, sin expresión.

—Voy a por la condesa.

—Es lógico... Ella es el monstruo del que te hablé, cuando salté del yate. Es inteligente... Ya has visto con qué artefacto pirateaba en el Mar de los Sargazos... Y déjame en paz. Déjame que sueñe que vamos en el «Zambudio», que la antena ha quedado atrás, y que delante hay un millón, la libertad... y tú.

X

HACÍA ya mucho rato que Nat Lynwood había dejado soñando a la bella Lucille. Con la motonave habían realizado una veloz carrera hacia la isla Santurce, lo suficientemente próxima a la isleta donde se asienta la vieja San Juan. Un helicóptero había hecho el resto, y también las rápidas comunicaciones.

Estaba a punto de amanecer, cuando un tipo de ojos azules, sin expresión, con la cara algo mofletuda y aladares canosos, se acercaba a la quinta de la condesa de St. Priest-Taurion, en la que había luces, pese a lo intempestivo de la hora.

Había calma en la quinta, no obstante. Sólo luces. Lo mismo podían estar celebrando un éxito...

El hombre apretó el resorte que hacía sonar una campanita en el interior.

Tardaron un poco, por lo que aquel hombre supuso que la llamada provocó no poco desconcierto. Pero ya estaba allí el mulato, que se acercaba a la verja, mientras que el perro, en su confortable nido, había alzado una oreja, abierto un ojo, y meneó la cola, para seguir con su sueño: el visitante era conocido.

El criado miró con sorpresa a aquel hombre.

—Me recuerda, ¿no? Soy Ben Landis, de la «Dolfuss's».

Ya sé que la hora es poco adecuada, pero es urgente que hable con la señora condesa.

—Pero...

—Veo luces.

—Sí... Se celebra una pequeña reunión esta noche; entre amigos, en la intimidad... No sé si...

—Por favor; ella agradecerá mis noticias.

—Pase...

Al vestíbulo. Pues sí: había una pequeña fiesta íntima. Se oía música, proveniente del salón cerrado. Seguramente, el champaña abundaría, el buen humor, los proyectos, todo para el futuro... Nat estuvo unos minutos en el vestíbulo. Luego, apareció la condesa, con el rostro con cierto color, vestida de noche, con un elegante traje largo, muy escotado. Pues aún tenía blanca y fina piel, la muy...

Se acercó, perpleja, a Nat Lynwood.

—Señor Landis... —musitó.

—No he venido a estropear su reunión, señora condesa. Podemos pasar al despacho.

—Un momento... No creo que haya nada tan importante que tratar. No voy a dejar a mis amigos con...

—Luego da la noticia a sus amigos, y lo celebran.

—¿Qué noticia?

—Insisto: hablemos en el despacho.

—Bien.

Evidentemente desconcertada, tomada por sorpresa, la condesa se dirigió hacia el despacho. Penetraron ambos, ella encendió la luz y se sentó, mostrando impaciencia, deseos de terminar pronto, en el borde del sillón. Nat se apoltronó, sonriendo.

—Así es mejor, condesa —dijo—. Por lo que sé, puesto que usted está perfectamente controlada por el

F. B. I.,

hay ahora, en estos momentos, en su quinta, un par de honorables personas. Gente de negocios limpios, gente de mar, que no tiene por qué correr el mínimo riesgo. Por tanto, haremos las cosas discretamente, ¿le parece?

La condesa estaba lívida en aquellos momentos.

—No le entiendo... —consiguió articular.

—Deme ese camafeo.

—Yo.

—Como quiera.

Nat se puso en pie, y, sin dar margen a la condesa para reacción alguna, le arrancó de un tirón el camafeo que llevaba sobre el escote. Nat, tranquilo, buscó la ranura, lo abrió, observando, con una sonrisilla, las dos cápsulas de cianuro ocultas en el objeto. Lo

guardó todo en un bolsillo de su elegante traje color crema.

—Permítame decirle, señora condesa, que usted es lo más repugnante que he conocido en mi vida. Más que su mulato Durand, el afrancesado Pierre, asesinado por usted, con cianuro, en el apartamento en que se reunía con Lucille. Lucille, una criatura con más ambición que inteligencia, ha tenido a bien confesar la verdad. Es lógico, puesto que se la había estado acusando de un crimen que no había cometido. ¿Necesita sales, señora condesa? Me temo que como siga con los ojos cerrados se los voy a abrir a bofetadas..., y perdone mi brusquedad.

Ella le miró, con la vista vieja y cansada repentinamente.

—Todo es mentira... Lucille y el maldito marino Randall están en...

—En donde yo dije que estuvieran, señora condesa. Es más, a Ted Randall le tiene usted delante. A Ben Landis, y a Nathaniel Lynwood, agente del

F. B. I.,

División de Asuntos Especiales, Washington... D. C. —concluyó, irónicamente—. Lucille está en un calabozo de la Delegación de San Juan. Su buque «tramp» está arribando a puerto, detenido por una motonave de la Armada. Su buque «tramp», señora condesa transmitió mis órdenes, mis instrucciones, vaya. Que todo iba bien, que se tranquilizara por el silencio de la antena espía, que estaba sufriendo una pequeña avería; pero que Ted Randall, el millón y la carga del «Zambudio» estaba todo a bordo de su buque «tramp»... Comprenda a su telegrafista, señora condesa. Tuvo que obedecer, y, en definitiva, eran buenas noticias para usted, ¿no?

—Pero... ¿no es así? La antena...

—La antena, sus seis ocupantes, Lucille, y el buque «tramp», en manos de la Ley..., como usted misma. A usted, mi querida condesa, se la acusa de piratería, de enemigo en potencia de mi país, en cuestión de espionaje y de asesinato...

La mujer se mordía los delgados labios.

Vencida, naturalmente.

—Personalmente, condesa, yo la ajusticiaría en el acto —dijo Nat secamente—. Usted se casó con el infeliz Durand, un hombre que, después de todo, derrochó su vida por el trabajo, por el progreso suyo y de los hombres que trabajaban con él. Durand

quería el título nobiliario, y usted dinero. Bien. Normal. Pero... usted se sirvió de Lucille; se la impuso, o poco menos, como amante... ¿Para qué? Lucille ha tenido que confesarlo: todo el dinero que Lucille recibía de Durand, que era mucho, servía para la causa de la condesa. Usted robaba a su marido por un lado, y Lucille ampliaba el capital por otro, hasta que Pierre empezó a sentirse incómodo, pesado... Lucille no se atrevía a matarle, y usted, un día, oculta en el apartamento de Lucille, aguardó la llegada de su esposo. Lucille le entretuvo..., sin esfuerzo, es claro. Usted puso el cianuro en la copa del pobre conde... Adiós, conde de St. Priest-Taurion.

—Está bien. Eso no lo lamento.

—Veo que reacciona.

—Soy una aristócrata.

—Que va a morir en la cámara de gas. Porque..., que se sepa, se va rescatando gente de las distintas tripulaciones de los buques asaltados, pero... habrá víctimas; inocentes que perecerán, señora condesa. Y sus vidas serán con cargo a usted. Y..., señora condesa...

—Nat se puso en pie —tengo algo... personal, sólo como ser humano, contra usted. Es algo que no va a salir de estas paredes. Me estoy refiriendo a los medicamentos que navegaban con destino a Biafra, para los infelices enfermos y heridos, entre los que hay incontables niños... En estos momentos, recuerdo una fotografía que ha recorrido el mundo... Un niño infeliz, abandonado, todo ojos enormes, suplicantes, llorosos... Todo ojos, y vientre de escrufuloso, de niño que va a morir de hambre y de terror, o de cualquier fiebre... Señora condesa, he sabido, ¡cómo no!, ya lo sabemos todo, que esos medicamentos los ha vendido a China Roja, por la mitad de su valor... Acepte esto, señora condesa.

No importaba que fuese una vieja, o poco menos.

La bofetada que le asestó Nat, la tiró al fondo del sillón, con los oídos pitando insoportablemente, con una mejilla completamente encendida.

—Prosigamos, señora condesa —dijo Nat—. Usted utilizaba parte de la flota de su esposo, con la complicidad de Poindexter, uno de los magnos invitados de esta noche, que también está celebrando con champaña las falsas noticias difundidas por su buque «tramp». Poindexter, y otros... Bien. Sabemos cómo ha

utilizado la antena, que pensaba construir otras, y... una boya, basada en el mismo sistema de navegación, con auténticos cañones. Iba a ser la dueña del Mar de los Sargazos. Iba a hacer todo eso, sí, con el producto de la piratería ya llevada a cabo, y otras tantas que habría proyectado para completar el capital.

—Se lo dije. El dinero...

—Se lo dijo a Ted Randall: el dinero lo es todo para usted. Un título por sí solo es algo estúpido, que incluso es... un tópico. Se hacen caricaturas sobre la aristocracia en ruinas. Y usted es demasiado soberbia para soportarlo.

—En efecto.

—Ahora, dejemos atrás el asesinato de su esposo y los actos de piratería, así como todo lo relativo a Lucille, y los proyectos de usted para el futuro; de eso, ya no vale la pena hablar.

—No...

—Hablemos del pasado. ¿De dónde sacó la antena-espía?

—De Cuba.

—Oh.

—Yo trabajé para ellos.

—Para Castro.

—Para ellos, lo mismo da. Ellos... mataron a mi... esposo.

—Interesante.

—¿Tiene algo de particular que estuviera casada entonces?

—Es cosa suya. Mataron a su esposo, que la ayudaba en labor de espionaje, y es obvio decir que contra Estados Unidos. Mataron a su esposo, al anterior a Durand, claro, y usted cayó en desgracia.

—Exacto. Huí con la antena espía.

—Entiendo... ¿Pensaba proseguir sus actividades de espionaje?

—Sí. Pero libre. Durand era el estúpido que necesitaba. Señor Lynwood..., yo, en efecto, con mi piratería, hubiese conseguido mucho dinero. Hubiese construido más antenas, y armas adecuadas para contrarrestar a cualquier valiente. Ustedes..., en general, se empeñan en dominar la luna. Pues bien..., yo les cedía a ustedes la luna, y me quedaba con el mar. Sepa, señor Lynwood, que el futuro, la victoria, está en el mar. Y ése hubiera sido mi dominio... ¡El mar! ¡Todos los mares de la Tierra bajo mi dominio, bajo mi control...! ¿Por qué me mira así? ¿Cree que estoy loca?

—No importa —dijo casi sudando, Nat.

¡Loca...! Era mucho más... Una megalómana peligrosísima...

—Para mí, el mar... Todos sus secretos... Secretos militares, navales, científicos... Nada hubiese pasado inadvertido a mis antenas. ¡Nada! Conocería todos los secretos de cualquier tipo de Estados Unidos y las otras grandes potencias. Secretos en venta..., algunos que también me hubiesen reportado dinero... Por desgracia, he tenido que empezar con siete dipolos como toda arma..., con astucia, además. Han tenido suerte. Y... ya lo saben: váyanse a la luna..., váyanse. Pero quien domine el mar terrestre, lo dominará todo.

—Es posible... Pero no será usted, condesa.

—No, claro... Bien, ¿y ahora?

—Diga, ¿hubiesen matado a Lucille?

—Sí. Pero sin riesgos; sin el menor riesgo.

—Es lógico... ¿La conoció en Cuba?

—Ya trabajaba para mí.

—Llame a su criado. Dígame que vengan aquí Poindexter y los demás complicados en este asunto.

—Hay tres, tan sólo.

—¿Y el resto?

—Bien..., usted lo dijo: gente que me hubiese proporcionado beneficios honrados. Siempre dinero para mis proyectos.

—A éstos no les ha de ocurrir nada. Todo está rodeado por el F. B. I.,

y patrullas de Policía. Un ataque puede causar alguna víctima, y no queremos más muertos inocentes. Llame a su criado y que Poindexter y los otros se presenten en este despacho, de modo que los inocentes queden aislados.

La condesa hizo sonar un timbre, y poco después aparecía el mulato.

—Luis..., tú, con Poindexter y los otros tres, venid. Hay reunión urgente.

Luis miró a Nat, y musitó:

—Bien, señora condesa.

Entonces, Nat se puso en pie y fue hacia el ventanal. Lo abrió, y empezaron a saltar agentes especiales, todos armados, hasta el número de cinco, entre ellos Murell, en cabeza, con enormes deseos de intervenir en algo que no fuese coordinación.

—¿Qué dice esa bruja, Nat? —inquirió Murell.

—Trátala con respeto, es una aristócrata —ironizó Nat—. Situaros tras la puerta y los muebles. Van a entrar cuatro hombres. No tiene por qué sonar un solo disparo. ¿De acuerdo?

—Lástima...

En un instante, los agentes especiales se camuflaron.

La condesa miraba a Nat a los ojos.

—Me estoy preguntando en qué ha radicado su triunfo... —musitó.

—Es simple. Creí que su esposo, a Durand, me refiero, le habían hecho alguna oferta los piratas, y pensé que le mataron por su negativa. Era posible que intentaran realizar la misma oferta a la sucesora de Durand, y me propuse protegerla, señora condesa. ¿No es curioso? Y usted cometió algún fallo..., como el de no avisar a la Policía cuando le destrocé el yate Y, eso me hizo sospechar algo más. Vigilando el yate, vi a Lucille saltar... Ya no había demasiadas dudas.

—Ha vencido por error, entonces —dijo, secamente, la condesa.

—Si eso la consuela, señora condesa...

—Por error, sí... Usted quería protegerme, y...

—Usted hizo el resto. Y cierre ya la boca. No he olvidado lo de los niños de Biafra. Oh..., es claro que removeré los cimientos de Washington, para que todo lo que iba en los buques con destino a esos niños sea restituido... con dinero de usted, señora condesa. Y lo que no se pueda restituir con dinero, lo hará con su vida. Usted no espiará a nadie, no será dueña del mar...; si acaso, de una asquerosa tumba entre sargazos.

Murell hizo un gesto a Nat.

Nat asintió con la cabeza. No se molestaba en empuñar su automática.

Pasos. Se abría la puerta.

—Adelante, señores —dijo Nat—. Hay reunión extraordinaria. Los administradores del crimen en el mar..., y el

F. B. I.

Aristocracia y crimen. La Ley y los bastardos... Pasen, pasen... Cinco pistolas les apuntan. Tú, Murell.

—Sí... Lástima..., ni un solo disparo.

—¿Para qué, querido? ¿No lo ves? Están muertos... Yo he visto

muchos muertos, y te aseguro que, excepto el olor a champaña, presentan el mismo aspecto. Actúa, Murell. Avisa a los demás; que la gente inocente que hay en esta casa se marche. Aquí hay mucho que hablar. Tenemos que saber muchas cosas sobre los tres «tramp» que se utilizaban... Un verdadero ejército de pebres diablos...

Murell iba hacia la ventana; abrió y asomó una cabeza.

—¿Y los disparos cuándo? —graznó una voz.

—Bah..., tiros, tiros... Son todos peces de agua dulce, muchacho..., y de sangre helada... Echa un vistazo y verás esas caras... Te aseguro que, aunque lo parezca, no son de cera. Ni siquiera valen un plomo ni, mucho menos, el gas que se gastará. Id al salón, y que se larguen los inocentes.

—De acuerdo...

Murell se volvió hacia Nat.

—Esto está listo, Nat. Y..., ¿sabes?, tienes que perdonarme: los de Washington no mandaron a un loco.

Nat se sentó; sonrió levemente.

—Murell..., no me van los trámites... Ocúpate tú de que vacíen la tripa... Los tres barcos dotaciones completas, situaciones actuales... Todo eso.

—¿Aquí?

—Da lo mismo, ¿no?

—Sí. Siéntense todos.

La derrota siempre tiene la misma faz.

Siempre.

Hasta en la aristocracia.

Allí estaba la condesa de St. Priest-Taurion, demudada, aún con una mejilla sospechosamente roja, y que los del

F. B. I.,

miraban con curiosidad. La condesa, que se sentó, como si su esqueleto, de pronto, hubiese envejecido veinte años, y se quebraran los huesos.

Se oían voces fuera del despacho.

Las patrullas se acercaban.

La quinta estaba completamente tomada, sin un solo punto de escape.

Nat se puso en pie.

—Yo me largo, Murell —dijo.

—¿Adónde? El caso...

—Ha terminado.

—Bien...

Nat mire a la condesa y sonrió levemente.

—Llevaré sargazos a su tumba, señora condesa. Y, puesto que ha perdido, haga el favor de confesar a Murell todo lo relativo al servicio cubano sobre antenas espías... Es posible que haya otras cerca de nuestras costas, o en el Caribe...

—Sólo yo sentía tanto interés por el mar. Los demás no son inteligentes...

—No, claro. Los demás quieren la luna. Usted va a tener el infierno; ése será el imperio de su aristocracia.

Y se marchó.

Amanecía en San Juan.

FIN

• JEAN •



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.

